

LA RESILIENCIA DE LOS SENTIRES: PLANTAS MEDICINALES Y MEMORIA

SARA LUCÍA RODRÍGUEZ PARADA

TRABAJO DE GRADO

Presentado como requisito para optar por el
Título de Profesional en Estudios Literarios

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
Facultad de Ciencias Sociales
Carrera de Estudios Literarios
Bogotá, 2023

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.

DECANO ACADÉMICO

Juana Marín

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Miguel Rocha Vivas

DIRECTOR DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

María Piedad Quevedo Alvarado

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

Miguel Rocha Vivas

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

*Para mi abuelito Gualdo, nunca dejes de
brillar en los árboles de durazno*

*Para mi nonito Diego, el zumbido de las abejas
serán tus caricias eternamente*

–Jane, dices que la resiliencia de la naturaleza te da esperanza. ¿Por qué?

Jane sonrió, sin dejar de observar el enorme árbol frente a nosotros. Su mano aún descansaba en su antigua corteza nudosa.

–Creo que la mejor manera de responder tus preguntas es con una historia.

Ya había notado que Jane solía responder preguntas con historias, y se lo hice notar.

–Sí, he descubierto que las historias llegan mejor al corazón que los hechos o las cifras.

Goodall y Abrams

TABLA DE CONTENIDOS

Introducción.....	7
Primera parte: Reflexiones teóricas.....	12
Capítulo 1: Reencuentro con el mundo ignorado.....	13
Capítulo 2: Las memorias de la naturaleza.....	30
Segunda parte: Relatos experienciales.....	40
Mis dos mundos.....	41
Rus in urbe.....	47
Duraznos y abejas.....	53
El inconsciente consciente.....	60
Lavanda y yo.....	66
Incurсионando las experiencias: análisis de los relatos.....	71
Mis dos mundos.....	71
Rus in urbe.....	72
Duraznos y abejas.....	73
El inconsciente consciente.....	75
Lavanda y yo.....	75
Conclusiones.....	77
Bibliografía.....	83

Introducción

Las plantas medicinales son una forma de conservar el conocimiento que culturas indígenas y rurales han tenido desde hace muchos siglos. Como colombianos, muchas veces hemos olvidado como ellas tienen la capacidad de no solo curar nuestros cuerpos, sino que también influyen en la manera en que nuestro inconsciente interactúa con el mundo. Volvemos conscientes sobre nuestra relación con el entorno es un primer e importante paso para poder comprender nuestra relación con todo aquello que nos rodea y que, históricamente, hemos relegado a un nivel inferior, haciendo y perpetuando al hombre blanco heterosexual como el ser dominador y superior del mundo.

Los diferentes tipos de vegetación son una manera muy poderosa en que hemos conservado saberes del pasado cuyos orígenes, lastimosamente, no conocemos del todo porque se han distorsionado o borrado. Sin embargo, de alguna manera, estos conocimientos nos permiten pensar en cómo proteger nuestra salud y, al mismo tiempo, en cómo proteger al mundo. Al utilizar este tipo de medicinas tradicionales, nos encontramos en la obligación de encontrar una manera en que la flora del planeta pueda seguir subsistiendo para que, al mismo tiempo, nosotros también podamos perdurar, no solo como una cicatriz en el presente, sino, también, como un camino para guiar el futuro de nosotros y de las próximas generaciones.

En este sentido, voy a entender las plantas medicinales como todos aquellos organismos del reino vegetal que, dependiendo la forma en que lo consumamos o nos relacionemos con ellos, nos permiten crear tejidos con los diferentes marcos sociales que habitamos: familia, comunidad del vecindario, entorno educativo, etc. Es así que me propongo pensar a la flora como el mango como un elemento importante para detener la tos seca, la papa como un posible

desestabilizador de la gastritis y el caballero de la noche como una manera de encontrar paz en medio de un ejercicio de duelo.

Precisamente, el construir estos tejidos en nuestros marcos sociales es lo que nos va a permitir gestar memoria porque el sembrar, consumir o traspasar el conocimiento sobre alguna planta medicinal no solo conlleva el pensar de qué forma hay que tratar a la tierra, al ser vivo que estamos utilizando para nuestro propio beneficio, sino que implica un trabajo colectivo en el que distintos sujetos, que pueden o no vivir según una misma cosmovisión, se unen para que cada experiencia colectiva tenga un punto de anclaje con el pasado, el presente y el futuro.

Como noción importante, es necesario mencionar que cada vez que uno hace una consulta sobre las plantas medicinales o la medicina tradicional, los resultados la gran mayoría de las veces se enfocan en las culturas indígenas y en las zonas rurales. Esto es interesante al pensarlo porque claramente tiene una lógica: son estas sociedades periféricas las que han tenido un mayor contacto con la tierra y, por lo mismo, se han acercado a sus productos de una forma interesada, buscando averiguar qué pueden obtener de ellas. Sin embargo, cuando a finales del siglo XIX y a inicios del XX inician las migraciones de las personas del campo a la ciudad, estos conocimientos poco a poco se van perdiendo debido a los avances técnicos y tecnológicos de la medicina. Mientras más cerca estamos del siglo XXI y en nuestro presente, es casi nula la creencia que se tiene sobre el poder curativo de las plantas, a no ser que tengamos familia en pueblos donde estos saberes todavía se sigan conservando, y que nosotros no nos volvamos escépticos ante sus poderes curativos en la plenitud del ser.

Debido a que no es del todo recordado las fuerzas que la naturaleza tiene, pondré como ejemplo mi propia experiencia como punto de partida para el proyecto. Gracias a la pediatra que tuve cuando era niña y con la que, afortunadamente, todavía estoy en contacto, mi conocimiento

de las plantas medicinales es un poco más extensa que la de mis coetáneos. Ella nunca nos recetó, a mi hermana y a mí, medicamentos para los malestares de estómago, las fiebres o las gripes, todo era con remedios naturales, infusiones, mezclas que, en vez de generarle más daño a nuestro organismo, como generalmente hacen los medicamentos a largo plazo, nos aliviaban sin contraindicaciones de por medio.

Es por esto que me propongo pensar a las plantas medicinales como gestoras de memoria en el contexto de la ciudad para poder abrirnos puertas y que así logremos reconstruir vínculos para que comprendamos e interactuemos con el mundo de una manera que era muy usual en las generaciones pasadas y que puede contribuir positivamente en las futuras. De esta manera, mi proyecto está pensado desde una perspectiva más creativa literaria, pero conservando los elementos teóricos y críticos necesarios para tejer la relación que existe y puede fortalecerse entre las plantas y la memoria a través de la literatura.

Expuesto lo anterior, y para tener un desarrollo más profundo de los tópicos, la primera parte de mi proyecto está centrada en el desarrollo teórico y crítico. En el primer capítulo desarrollé un análisis, mayoritariamente, histórico, en el que me propongo demostrar la manera en que ha cambiado la concepción de la naturaleza desde la época de la Conquista y la Colonización de América, lo que transformó e implantó modelos autoritarios y de dominio sobre los recursos y la otredad, en el que los seres *inferiores* fueron relegados como nimiedades en la comprensión del mundo. Así, los saberes relacionados a las plantas medicinales fueron relegados por los conocimientos de la medicina occidental, hasta un punto en el que están casi completamente olvidadas. Sin embargo, en medio de su sentir, mayoritariamente en la periferia, todavía tienen la capacidad de construir tejidos en sociedades que buscan puntos de origen y de encuentro con el medio ambiente y todo lo que realmente nos quiere decir la naturaleza.

En el segundo capítulo, guiándome principalmente por *Los trabajos de la memoria* de Elizabeth Jelin, desarrollo algunos elementos que me parecen importantes sobre los fenómenos del recordar y el olvidar, y cómo, de esta forma, se hila el camino hacia la manera en que considero a las plantas medicinales como gestoras de conocimientos desde diferentes puntos de fuga, además de pensarlas en la manera en que nos hemos desarrollado con y sobre el mundo de la naturaleza.

Posteriormente, inicia la segunda parte de este proyecto, el cual está conformado por cinco relatos experienciales de mi relación con el mundo de la naturaleza y el análisis de cómo las plantas medicinales han sido puntos de base para mi existencia y mi comprensión del mundo y de la literatura. Los denomino de este modo, y no como cuentos, debido a que juego con diferentes formas de escritura que toman un lugar importante en mi relación con la literatura. *Mis dos mundos* se plantea en cómo el conocimiento de las plantas medicinales, en este caso el jengibre, logró destruir mis temores y permitirme desarrollar una gran confianza con estos saberes a los que al inicio fui escéptica, pero que, en mi vida, han significado más que cualquier otro conocimiento técnico de la medicina occidental. *Rus en urbes* narra mi relación con la medicina, gracias al contacto de mi pediatra, y de cómo la forma en la que he concebido el mundo es distinta a la de las personas que conozco, pero no por eso es imposible llegar a puntos de encuentro en que mis saberes periféricos logren llegar hasta otras almas. *Duraznos y abejas* es una narrativa epistolar en la que se habla del trabajo del duelo personal y del de otros, que en algunos casos llega a ser desconocido, como una manera de crear lazos de empatía con otras personas que enfrentan procesos dolorosos de los que tal vez no puedan hablar, pero que no por eso deben quedarse callado hacia su sentir. *El inconsciente consciente* relata la presencia de la siembra en la ciudad, desde el pasado de una pequeña niña que se sentía incapaz de forjar vida en

medio de la selva de cemento; trabajo que sigue haciendo y que realmente nunca abandonará. Finalmente, *Lavanda* y yo busca dialogar sobre una realidad de la que no siempre se habla entorno a las plantas medicinales y a la medicina occidental: el hecho de que algo logre curar o le funcione a la mayoría no significa que te sanará a ti. Todos somos seres únicos que tejemos diferentes relaciones con el mundo en el que nos encontramos, pero eso no significa que perdamos la esperanza y el impulso de encontrar nuevos caminos para hallarnos en paz con nuestra relación con el mundo.

Finalmente, expongo mis conclusiones entorno a la capacidad de las plantas como gestoras de memoria, relacionándolas con el análisis personal que hice de mis propios relatos. Esto con la intención de mostrar un abrebocas de la capacidad latente de este mundo casi inexplorado por la literatura y por la sociedad. Considero que esto es solo un inicio no solo para mi proyecto de vida y lo que me propongo hacer con él, sino también con la potencia de las narrativas en la ciudad pensándolas desde sentires permeados por la naturaleza en su totalidad.

Es así como, a través de este trabajo, busco evidenciar la existencia de los lazos que existen entre las plantas medicinales y la gestión de memoria en la ciudad, para que, de alguna manera, dejemos de ser individuos anónimos y comencemos a recuperar las comunidades que hemos perdido desde que la migración del campo a la ciudad tomó fuerza hace un par de siglos. Richard Evans Shultes, Albert Hofman y Elizabeth Jelin se convierten en mis perspectivas de partida para desarrollar los puntos centrales de mi proyecto: las plantas medicinales, las narrativas y la memoria. Así, le doy paso a Sue Stuart-Smith y a Jane Goodall y a Douglas Abrams para que me brinden sus perspectivas para evidenciar la manera en que este tejido existe a lo largo del planeta, pero que necesita ser conocido y difundido para que no se quede en el olvido, sino que tome los lugares que le pertenece en la realidad del mundo en el que existimos.

PRIMERA PARTE: REFLEXIONES TEÓRICAS

Capítulo 1: Reencuentro con el mundo ignorado

Caigo en cuenta entonces de que cada uno
de los árboles de este bosque tiene también
su propio nombre, que el abuelo me enseñó.

Reconozco al sietecuecos al frente mío y
me siento como entre amigos.

Y me aventuro a dar unos pasos.

Beatriz Eugenia Vallejo Franco

A lo largo de la historia, la relación entre la humanidad y la naturaleza ha cambiado según la organización y la concepción del mundo que cada sociedad tiene. Con la llegada de los españoles a América y el inicio de los procesos de conquista y colonización, las ideas sobre la Naturaleza sufrieron transformaciones radicales debido a las transgresiones que el choque entre los dos mundos generó. El proyecto imperial español llegó con varias ideas para mantener un control que se adjudicaron a sí mismos, a la vez que posicionaban su punto de vista y su relación con lo natural como la verdad absoluta, desechando los paradigmas de las comunidades indígenas que existían en ese momento.

La idea de lo natural como lo «salvaje» fue la que tuvo mayor repercusión y la que dominó la concepción frente a la realidad de la flora y la fauna, haciéndole creer a las sociedades que la Naturaleza era incontrolable para los hombres porque estos no tenían la capacidad de prevenir los períodos de lluvias o sequías o el control de la fertilidad de los suelos (Gudynas, 2014). Estos nuevos contactos les hicieron pensar a los hombres que no eran parte del entorno,

sino que, por el contrario, eran entidades diferentes, donde los humanos se encuentran por fuera de la Naturaleza, lo que les crearía la sensación de temor, pero también la posibilidad de ser capaz de algún día controlarla. De esta forma es que los procesos de explotación de la tierra comienzan a tomar fuerza, enfocándose en la minería, la tala de árboles, la desecación de los terrenos húmedos, la caza indiscriminada, entre otros. Toda esta confluencia de acciones y pensamientos provocó una distancia y un desconocimiento de nuestra relación con lo natural, lo que repercute hasta nuestros días por la pérdida de conexión con el mundo y su preservación necesaria.

La presencia de los llamados indios, nativos e indígenas en estos primeros momentos de la historia antes del desarrollo de la Modernidad es conflictiva para aquellos que tienen el poder de la palabra escrita y que, por ello, se consideran superiores a los seres «salvajes» que viven en la selva. Los españoles creían que su misión se centraba en conquistar la Naturaleza incontrolable y en civilizar a los pueblos indígenas a través de la evangelización para que dejaran de rezarle al mundo y así comenzaran a «vivir» como deberían hacerlo (Gudynas, 2014). Los espacios debían explorarse de otras maneras a como lo hacían las de las poblaciones originarias del Abiyala, debían encontrar una manera de relacionarse con el mundo como si fuese un objeto a disposición del desarrollo y del progreso de las sociedades emergentes del, próximamente llamado, continente americano.

Estas mezclas de ideas y principios que se comenzaron a gestar en las nuevas sociedades del siglo XV obligaron a que el posterior desarrollo de la humanidad en relación con el mundo se viera afectada por la idea de progreso que solo iría ligada a la concepción de una explotación de los medios naturales en función del hombre, no de la vida. Los pensamientos, concepciones, identidades y subjetividades existentes, y que tenían relaciones de paridad con la Naturaleza

(aunque fueran tensas y ritualmente mediadas), fueron relegadas y rechazadas, obligando a aquellos quienes creían en estas formas particulares de ver el mundo a ocultarse o comenzar a dejar de lado sus principios para que respondieran a los esperados por el poder hegemónico. Esto llevó a un desarrollo desmedido de lo que en el siglo XIX se conocerá como la Industrialización, completamente ligada al deseo de una Modernidad técnica y a sucesivas desacralizaciones de la Naturaleza.

Es de esta manera en la que se plantó y forjó una concepción en la que el único fin de la Naturaleza es el ser de utilidad para los deseos de los hombres. Por ejemplo, la relación con la planta de coca ha tenido un cambio radical debido a la propia industria narcótica. Estas hojas mameadas, es decir, masticadas, solían y suelen usarse por culturas indígenas en Colombia con el propósito de propiciar el desarrollo de pensamientos y aclarar las ideas para que se puedan expresar con mayor facilidad y comprensión, pero la industria del narcotráfico profanó el rito de mambear la coca y ha cambiado la percepción en las que las sociedades ligadas a Occidente entienden esta planta: como el origen de una sustancia alucinógena que afecta al organismo. El desarrollo del progreso, la Modernidad, lo técnico y la posterior tecnología fue posible gracias a la explotación indiscriminada de lo que han llamado recursos del planeta. A su vez, cualquier concepción que otras sociedades tuviesen sobre el mundo natural sería deslegitimada y rechazada por no ir acorde con las ideas canónicas que fueron implantadas. Las comunidades, especialmente, indígenas, que tenían formas únicas de relacionarse con el mundo, fueron forzadas a dirigirse a las diásporas del conocimiento hasta convertirse en realidades que fuesen casi completamente ajenas a las ideas antropocéntricas hegemónicas.

El transporte, la agricultura, la religión, la política, la cultura y la sociedad enfocaron todos sus deseos en pensar su desarrollo y su relación en el mundo a disposición del avance de

las máquinas, y de las posteriores tecnologías que llegarán a invadir las realidades que habitan los diferentes grupos sociales. Una institución que sufrió cambios sustanciales fue la de la medicina. En sus inicios, estos estudios estaban completamente ligados a la parte experiencial de los seres humanos que se enfrentaban constantemente a nuevas enfermedades, debido a sus incursiones en todas las partes del globo. Sin embargo, con los procesos de conquista y colonización llegó una transformación fundamental en la manera en la que las sociedades se veían afectadas en la curación de enfermedades. A su vez, esta fue una de las realidades que cambió y fue tomando mayor fuerza durante el desarrollo de la industrialización técnica de la vida humana.

Las comunidades que habitaban y habitan el Abiyala, como le suelen llamar muchos movimientos indígenas al continente, tenían sus maneras particulares de enfrentarse y de sanarse de los malestares que les atacaban. Estas acciones que ellos tomaban y toman iban y están pensadas hacia la protección no solo del cuerpo, sino también de las fuerzas anímicas de las personas y de la sociedad en general. Eso quiere decir que el malestar de un miembro afectaba y repercutía en todos los demás y solamente podía solucionarse siguiendo las instrucciones de los curanderos, los que tenían el contacto más directo e íntimo con el medio natural. No obstante, la llegada de los mediterráneos en el siglo XV generó que estas conexiones con la Naturaleza fueran difuminándose hasta irse a vivir en las sombras de lo profundo de las selvas por el hecho de responder a una relación con los dioses y del mundo como un sujeto, en vez de a un objeto dispuesto para la explotación a favor de los deseos del hombre. Tal como lo dice Fredy Chikangana en su poema *De los ríos*:

“Navegando sobre un río silencioso
dijo un hermano:

«Si los ríos pudieran hablar
cuánta historia contarían...».

Y alguien habló desde lo profundo de esa selva misteriosa:

«La historia es tan miserable
que los ríos prefieren callar...» (Chikangana, p. 29, 2010).

Porque la naturaleza es inmensamente poderosa, tiene tanto que decir, pero es el propio ser humano que, con su arrogancia, ha decidido callarlo para que no pueda llevarle la contraria. La historia que se ha construido en el planeta desde la llegada del Imperio español a América está conformada por sistemas de dominación que infravaloran las voces de las mujeres, de las personas con razas distintas a la blanca y las de la naturaleza. En los inicios de la civilización era necesario que las sociedades se asentaran cerca de un cuerpo de agua para así poder sobrevivir. El ser humano ha logrado vivir y desarrollarse gracias a la explotación y destrucción de los elementos que le han permitido habitar el mundo.

Con todas estas situaciones y el desarrollo de la medicina alopática, de la mano con la del progreso técnico, surgieron cambios que afectaron la manera en cómo las personas entendían sus propias dolencias físicas y se enfrentaban a ellas para poder encontrar una solución que pudiese extender sus tiempos de vida. Claramente el desarrollo que tuvo esta institución fue primordial para aumentar la esperanza de vida de los seres humanos, al igual que sus avances nos han permitido conseguir una inmunidad frente a enfermedades que pudieron ser las causantes de miles de muertes en todo el planeta. Pero el desarrollo de la medicina biomédica, es decir, moderna, fue inevitable y peligrosa por las maneras que proporcionó de relacionarnos y de comprender el mundo.

Actualmente se piensan las dolencias como si únicamente afectaran al cuerpo individual que las padece. Se ha dejado de lado la importancia de estar dentro y en relación con un grupo social determinado, lo que configura nuestras maneras de ser y de habitar el mundo. A su vez, se piensa la enfermedad como si solamente tuviera repercusiones en nuestras corporalidades físicas, sin pensar en cómo puede estar impactando en nuestra mente y nuestro espíritu. La medicina moderna decidió trabajar con compuestos químicos que brindan una solución inmediata al malestar sin preguntarse qué hay de fondo en la existencia de ese malestar en el cuerpo. Esa es la visión mecánica que procuraré cuestionar a través de los relatos experienciales de curación con las plantas.

Especialmente la medicina en las comunidades indígenas sigue manteniendo esa complejidad del ser, compuesto por la integralidad de cuerpo y espíritu. Sin embargo, por haber sido rechazada y marginada, muchas de sus experiencias son invisibilizadas como si no tuviesen la capacidad de responder y solucionar los mismos padecimientos a los que se enfrenta la medicina biomédica. El simple uso de las plantas de una manera determinada no podría llegar a curar una gripe, como sí podría hacerlo medicamentos especializados para enfrentar estas afecciones. Sumándole a esto, la utilización de plantas y sus derivados como drogas y detonadores de alucinaciones, comenzando con el opio, y su posterior globalización enmarcada en el narcotráfico (Betancour, García, 1994), puso contra las cuerdas a las creencias y al uso de las plantas medicinales como destructoras de los cuerpos, en vez de verlas como un camino para proteger y sanar los males más profundos que afectan a todos los seres.

Por esto mismo, el pensar en las plantas medicinales puede llegar a ser un poco confuso y, de alguna manera, cerrado, teniendo en cuenta que inmediatamente nos remite a las diferentes culturas indígenas del Abiyala y del continente americano, principalmente. Para estos pueblos,

esta flora particular recibe el nombre de plantas de los dioses o sagradas debido a que ellos consideraban y consideran que son regalos de las divinidades o son las divinidades en sí mismas. Ellas eran y son usadas principalmente para el desarrollo de rituales religiosos porque comprenden al cuerpo y a sus malestares como una manifestación de lo que realmente sucede en el alma y en el espíritu de los seres; ahí es donde se encuentra el verdadero mal que hay que tratar y solventar (Evans, Hofman, 1979). Es por ello que en los rituales sagrados solo aquellos que tienen un estatus social más alto, como los chamanes, quienes generalmente son además los jefes o sus consejeros, son los que pueden entrar en contacto con los dioses y pedirles por una mejoría de los cuerpos de la sociedad y, por tanto, de la salud del ser.

Ahora bien, Evans Schultes y Hofman dicen algo particular y muy importante para pensar las plantas medicinales más allá del estereotipo como elementos tóxicos y drogas que tiene actualmente: “la diferencia entre un veneno, una medicina y un narcótico es solo la dosis” (Evans, Hofman, 1979). Para las comunidades indígenas, estas plantas son una medicina debido a que les permite elevar la consciencia y superar las barreras que existen entre el ego y el mundo para, realmente, tener una interacción con él, interacción que fue desapareciendo con la contundente llegada de la Modernidad. Es importante tener en cuenta que estas culturas, tanto las que ya no están como las que han perdurado a través de las dificultades, no consideran que las enfermedades o la muerte sean fenómenos cuyo origen se encuentre en aspectos fisiológicos del ser, sino que, por el contrario, consideran que estos males se fecundan y complejizan debido a contaminaciones, malformaciones o destrucciones de las fuerzas vitales de las personas.

Esto nos da una nueva perspectiva de cómo pensarnos al ser seres humanos: nosotros estamos conformados por tejidos entre nosotros mismos individualmente y con el mundo que nos rodea y con el que interactuamos todo el tiempo, eso quiere decir que se piensa no solo a la

Naturaleza sino a todos los demás seres biológicos o inertes que se encuentran en nuestros entornos. De esta forma, el cuerpo al sufrir algún tipo de afectación lo que hace es generar consecuencias que repercutirán en el espíritu y lo mismo sucede en el sentido contrario. No obstante, cabe aclarar que en diversas cosmovisiones no se piensa en la existencia de un único espíritu, por lo que la relación de unidad entre un espíritu y un cuerpo llega a ser conflictivo para ellas. Sin embargo, yo me posiciono desde otras cosmovisiones, y probablemente guiada desde mi crianza en el catolicismo, como la consideración de que cada cuerpo tiene su espíritu, por lo que cada ser tiene un espíritu que interactúa con su propio cuerpo y con los que los rodea.

Los procesos generados en la Conquista y Colonia que se dieron particularmente en América estuvieron marcados por las apropiaciones, los cruces de las culturas y la aculturación. En muchos casos los saberes de las comunidades que habitaban el continente fueron relegados y rechazados porque no respondían a las realidades que los mediterráneos querían implantar en las nuevas sociedades que se estaban formando en el nuevo hemisferio conocido del planeta. Es así como estos diversos procesos de aculturación que se dieron han llevado a que se dejen a un lado estos conocimientos ancestrales, los cuales podrían representar un camino no nuevo para encontrar un equilibrio en lo que uno es como ser humano, sino para ir más allá de la dependencia a la medicina occidental, donde las sustancias químicas que se utilizan pueden llegar a generar complicaciones a mediano y largo plazo para aquellos que las consuman, es decir, a final de cuentas, la gran mayoría de nosotros.

Con esto, no quiero decir que hay que dejar de lado a la medicina alopática occidental y confiar únicamente en el poder curativo de las plantas medicinales, sino que trabajar no contra ellas sino junto a estas nos permitiría descubrir varios puntos de encuentro en donde los entornos de esta ciencia trabajen con ayuda tanto de los elementos de la naturaleza como de aquellos que

el hombre ha desarrollado gracias al proceso técnico y tecnológico. Un ejemplo que yo tengo muy cercano, y que ha interpelado toda mi vida, es el de mi pediatra, la doctora Gloria Escobar. Ella, en un curso sobre la medicina tradicional, nos comentaba, a los asistentes, que sufrió una crisis profesional en un momento determinado de su carrera porque solo recetaba Dolex a sus pacientes, como si fuese el único camino que pudiesen tomar para superar una enfermedad. Por lo que ella decidió viajar al Piedemonte Amazónico en donde encontró nuevas maneras de entablar relaciones con los cambios deseados y no deseados que suceden en el cuerpo y en el estado anímico de los seres vivos.

También es importante mencionar que el conocimiento de las plantas medicinales no pertenece únicamente a las comunidades indígenas, sino que particularmente en las sociedades latinoamericanas ha permeado y pertenecido comúnmente a la marginalidad del campo, de las zonas rurales. En el siglo XX, en estos lugares, aunque la relación con la Naturaleza se fundamentaba, principalmente, en la concepción de ella como el producto base para el auge y el desarrollo del capitalismo, su conexión era mucho más estrecha que en contraposición a las de las urbes. Era en estas zonas donde el uso de plantas medicinales era muy importante porque la medicina biomédica no había llegado a los lugares apartados, lo que les obligaba a buscar una manera de solucionar sus males corporales (Torres, Zapata, Torres, Santana, Morales, Martínez, 2014); porque si algo diferencia su uso en el campo con respecto al uso que le ha dado las comunidades indígenas es pensarlas como un alivio o una solución a un problema meramente físico.

Las plantas medicinales y sus variaciones en diferentes preparaciones y mezclas curaban los males que atacaban los cuerpos de los humanos pertenecientes a las sociedades del campo, es decir, de qué maneras se dialogaba con todos los componentes del organismo (cuerpo y estado

ánimico) para encontrar un punto de equilibrio en el ser y en su relación con el mundo que habita. Este conocimiento se transmitía de generación en generación debido a que a inicios del siglo pasado la vivencia en el campo no era vista necesariamente como una desventaja latente en el mundo del progreso. Sin embargo, con el desarrollo desaforado de la técnica y de la tecnología las poblaciones fueron indirectamente obligadas a migrar hacia las urbes para poder responder a unos intereses particulares propios de la sociedad capitalista. Al darse estas altas migraciones de las periferias hacia los centros poblados, este conocimiento de las plantas medicinales se mudó junto con todos aquellos que se estaban desplazando.

Estos conocimientos se siguieron transmitiendo a las nuevas generaciones con antecesores en el campo, pero con pertenencia a las ciudades. No obstante, la falsa universalidad y prevalencia de la medicina científica comenzó a deslegitimar el valor y el carácter, no solo medicinal, sino también histórico y social, de las plantas medicinales. Esta medicina dejó de ser concebida como medicina tradicional, en el sentido en que estaba cargada de valores propios de una sociedad particular, y comenzó a verse únicamente como métodos alternativos en casos, casi improbables, en los que la medicina occidental no pudiese solucionar la enfermedad física e inmediata. Los padres dejaron de curar a sus hijos de una gripe con infusiones de hierbas para comenzar a darles paracetamol o acetaminofén.

Se podría decir que poco a poco estos saberes fueron desapareciendo hasta el punto de dejar de existir, pero en Latinoamérica, a pesar de estar conformada por unas sociedades que históricamente han intentado imitar los modelos y las experiencias europeas, aunque no puedan responder a las necesidades particulares de nuestro continente, sigue siendo en gran parte rural y muchas familias que pertenecen a las urbes siguen teniendo familia en las zonas apartadas o marginadas. De alguna manera, las «aguas» han logrado permanecer en medio de los remedios

que las personas mayores les dan a sus nietos cuando los medicamentos no funcionan en cumplir su propósito.

Es en este sentido en el que las plantas medicinales no solo se comportan como sanadoras de los males del espíritu o del cuerpo, sino que a su vez son gestoras de memorias propias de las realidades de las sociedades y culturas de América Latina, especialmente en sus periferias, como lo son en asentamientos en Brasil, zonas en Argentina, Chile, Venezuela, México, Panamá y Colombia, por solo nombrar a algunos países del continente. Algo importante de mencionar en la relación que existe entre las plantas medicinales y las sociedades rurales es que usualmente al ser un conocimiento que se pasa de generación en generación, no se solía ni se suele ir a un experto, o un yerbatero, para que diera el remedio para curar el mal, sino que implica un proceso de automedicación que usualmente no puede generar un peligro al utilizar simplemente las plantas, a diferencia de los medicamentos de la medicina biomédica en la que un químico incorrecto podría afectar todavía más al ser humano que se encuentra enfermo. Es aquí donde existe una estrecha relación entre la tradición oral del recomendar y del automedicarse con hierbas medicinales, un saber generalmente propio de las mujeres mayores en diferentes entornos sociales (Rodríguez, Paz, 2015/2016).

Y, a pesar de que estos conocimientos siguen latentes en algunas zonas periféricas, también allá se han ido perdiendo hasta el punto en el que se dejan de realizar para sanar al cuerpo. Es por ello que en regiones de Argentina, Kaia Santistebán y María Sabatella hicieron seguimiento a un proceso de memoria particular de algunas sociedades del Cono Sur (Santisteban, Sabatella, 2020). Es muy probable que estas experiencias hayan quedado relegadas a un plano invisibilizado por lo que no son conocidas y mucho menos utilizadas, pero eso no quiere decir que no exista un deseo por poder llegar a conocerlas y relacionarnos con estos

saberes tan propios de nuestras realidades latinoamericanas. Esto hizo que el transmitir el conocimiento mudará sus métodos porque ya no era un saber que se transmitía de generación en generación por y hacia miembros de una misma familia, sino que se buscaron otras materialidades en los que se fue tejiendo una memoria colectiva de la relación con las plantas medicinales. Los relatos familiares que eran narrados en momentos de encuentro con otras personas se convirtieron en los caminos en los que las plantas medicinales y su uso se mantuvieron en estas sociedades.

Al inicio pueden ser solo fragmentos aislados que surgen de experiencias heredadas más que vividas y, a partir de ellos, son las mismas comunidades las que tienen las capacidades de hilar los recuerdos y los olvidos latentes y ausentes para comenzar a participar activamente en su relación con el mundo, reconstruyendo visiones del cosmos que se habían casi perdido en el paso de una generación a la siguiente. No solo es recuperar un saber que puede marcar la diferencia en cómo concebimos las plantas y la medicina, sino también en lo que implica en las historias de las sociedades a las que pertenecemos y que forjan quiénes somos tanto como seres individuales como en relación con los otros.

Pero pensar en las plantas medicinales como saberes que se posicionan en las comunidades indígenas o en las comunidades campesinas de alguna manera no es complicado. Lastimosamente, la idea que implantaron los colonizadores de la Naturaleza como un ente ajeno y que está en función de las necesidades del hombre siguen estando presentes y latentes en nuestras sociedades, especialmente en las de las ciudades. A pesar de que en un principio aquellos que migraron del campo a las urbes siguieron conservando y transmitiendo estos saberes, cada vez son menos hogares y familias en donde siguen teniendo un lugar primordial en el cuidado de los miembros de las casas.

Desafortunadamente, obtener plantas medicinales es bastante difícil teniendo en cuenta el no-conocimiento que existe detrás de estos cuidados. En países como Venezuela se han hecho estudios en los que se identificó que las dos más importantes y generales razones por las que la medicina con plantas es desconocida es debido a que no se sabe cuál es el uso que estas hierbas pueden tener y las propiedades fisiológicas que pueden llegar a generar en los sujetos al momento de consumirlas (Rondón, 2014). Esto implica que existe un olvido latente en cuanto a estos saberes y la relación que podemos tener con ellos. Se sabe que en algún momento se utilizaban y que eran los medios principales que tenían las sociedades para curar los males, pero ahora ya no tienen la misma prevalencia que los fármacos en la actualidad.

En Bogotá, solo en ciertos lugares, aparte de las plazas de mercado, se puede conseguir hierbas particulares y mayormente desconocidas. Es más, una ciudad como la nuestra tiene a una de las mejores plantas que en infusión es excelente para prevenir y curar a alguien de una gripe: el sauco. Esta pequeña flor blanca que habita la ciudad a lo ancho y lo largo es utilizada más que nada como decorativa en los corredores viales debido a su gran capacidad de germinar fácilmente en los pisos fríos de la ciudad, ignorando completamente sus habilidades curativas en el sistema digestivo y respiratorio.

Sin embargo, pensando desde las lógicas del capitalismo, las plantas medicinales también se venden. Generalmente se piensan en un sentido ornamental para la decoración y ambientación de diversos espacios. Pero vale la pena pensar en el sentido que hay más allá del comercio de esta flora. A pesar de que en medio existe una relación transaccional, generalmente estos vendedores de plantas transmiten su memoria a todo aquel que les compra, contándoles un relato o simplemente una función que estas plantas pueden tener. Eso implica que los procesos de memoria que se encuentran ligadas a esta vegetación no se encuentran únicamente presente en el

momento en que se siembra o se consume, sino también cuando se vende (Menjura, Torres, 2020).

Y esta es una situación que se da particularmente en las realidades de la ciudad: no solo el conocimiento, sino también en la transmisión de saberes invisibilizados. Personalmente, mi relación con las plantas viene permeada por una memoria que no me transmitió del todo mi propia familia, a pesar de que mis padres tuvieron contacto estrecho con las plantas medicinales debido a que mis abuelos estaban en el campo y vivieron la migración de las zonas rurales a las urbes. La gran mayoría de esto se lo debo a mi pediatra que desde mis primeros días de nacida no dejaba de recetarme baños con sauco, remedios naturales, infusiones con plantas que siempre me han curado sin tener que utilizar medicamentos que puedan generarme daños en el cuerpo, especialmente en el sistema digestivo.

Y su conocimiento viene desde las comunidades indígenas, especialmente de los conocimientos que hay en el Piedemonte Amazónico. Esto hace que sea un saber que viene desde las zonas rurales, pero que ella pone en juego en las inmediaciones y en medio de las cotidianidades que suceden en la ciudad. Un saber que para mí toda la vida fue conocimiento es complicado de pensar en el momento en que yo pongo mis sentires y experiencias en diálogo con los de otras personas, para los cuales las plantas medicinales no son una manera válida y mucho menos cotidiana de tratar cualquier enfermedad a la que el cuerpo se pueda enfrentar. Pero sinceramente considero que ahí radica el problema: pensar que los malestares son únicamente corporales y no tienen una connotación más profunda en relación con el espíritu, la mente o incluso otras dimensiones del cuerpo.

Algo que a mí, particularmente, me ha sucedido es que he sido consciente de cómo mis malestares emocionales han creado una brecha en mi manera de relacionarme con la salud de mi

cuerpo. Brevemente en el relato *Rus in urbe* hablo de mi vivencia con la costochondritis, una inflamación que más que responder a un malestar de mi cuerpo, lo hacía hacia un dolor en mis sentires y en las formas en que experimentaba en ese momento el mundo. Solo una conexión más emocional y menos analítica con la Naturaleza me dio la capacidad de sobreponerme a un mal que fácilmente podría considerarse una cotidianidad en los ciudadanos dentro de un par de años.

Muchas veces nuestro cuerpo se encuentra obligado a hablar porque hemos perdido la capacidad de escuchar a los otros elementos que completan la totalidad de nuestro ser. Esta sordera generada por nuestros olvidos colectivos no ha hecho más que complejizar la manera en la que estamos y nos relacionamos con el mundo. Pensamos que no hay necesidad de otras formas de tratar enfermedades y que las plantas no son objetos dispuestos para cuidar de nosotros. Sin embargo, la medicina biomédica y la forma en la que está concebida ha demostrado no ser tan efectiva en el sentido en que a corto plazo por curar un mal nos enferma de algo más. Y, además de todo, los cambios en la concepción de la Naturaleza que se ha dado en las últimas décadas nos invitan a pensarla como lo que es: un ser vivo que también merece y tiene su lugar en medio del orden natural de las sociedades. *La tierra es dueña del hombre, y no al revés.*

El problema es que el orden natural es completamente diferente al que fue en el pasado. La selva de cemento se ha adueñado de nuestros espacios y solo quedan pocos lugares en los que podemos entrar en contacto con estos conocimientos tan complejos y diversos que han sido olvidados por las condiciones a los que han sido expuestos.

Es más, solamente ver la sección de Plantas Medicinales en el Jardín Botánico, llamado Domo Herbal, da un pequeño mal sabor en la boca porque refleja el olvido en el que nos encontramos y del que, por alguna extraña razón, no queremos escapar. Por una parte, es el pensar en él como un espacio en el que los saberes del país pueden conservarse, pero que se

encuentra en el lado completamente opuesto de la entrada, es difícil de encontrar y es relativamente pequeño para las memorias que podrían encontrar su lugar en medio de las sociedades de la ciudad —como se aprecia en la figura 1. Además, saber que en este lugar solo se cuenta con aquellas plantas más conocidas, como la manzanilla o la caléndula, me deja varias cosas que pensar. Una de ellas es que a pesar de que se esté reproduciendo una memoria en torno a estos saberes medicinales, solo se piensa en algunas de ellas y en las que con mayor comodidad podremos ver en un supermercado, claramente por la dificultad de conseguirlas que ya mencioné.

Pero, también está el hecho de que hay memorias que se mantienen y otras que se han perdido. ¿Quién podría pensar que la ortiga blanca, una variedad que es particularmente complicada de conseguir en la ciudad, es un excelente remedio contra los moretones y las fallas en los procesos de circulación en el organismo? El problema radica en que únicamente vemos y sabemos sobre los daños que el borde de sus hojas nos puede generar, sin pensar en cómo podemos crear una relación simbiótica con la Naturaleza en la que ella nos cuida y nosotros la cuidamos a ella.

Figura 1

Mapa del Jardín Botánico José Celestino Mutis de Bogotá



Nota. En un círculo rojo se encuentra señalado el lugar en el que se encuentra el Domo Herbal y su relación de tamaño en comparación con todo el Jardín. Fuente: Jardín Botánico José Celestino Mutis (2023)

Figura 2

Domo Herbal del Jardín Botánico de Bogotá



Nota. La foto muestra el Domo Herbal del Jardín Botánico de Bogotá. Fuente: Blog Guía Virtual del Jardín Botánico de Bogotá. (2016)

Capítulo 2: Las memorias de la naturaleza

El que no conoce su historia,

Está condenado a repetirla

Refrán popular

Mi papá es una persona que ha llenado mi vida de lo que él llama «cuentos»: son relatos orales, a veces con tono cómico, que tienen la intención de hacerme leer entre líneas la verdadera narración que está tomando lugar. Un día, él me contó uno de estos relatos sobre el pescado. Un día, en la casa de una mujer, su madre iba a cocinar pescado, pero la mujer vio como la mamá le cortaba la cabeza y la cola al animal. Ella le preguntó a su madre por qué hacía eso y la respuesta que obtuvo fue: “porque siempre lo hizo así mi madre”. Sin querer quedarse con la duda, la mujer fue a preguntarle a su abuela y ella le respondió: “porque siempre lo hizo así mi madre”. Así que la mujer buscó a su bisabuela y le preguntó por qué le quitaba la cabeza y la cola al pescado para cocinarlo. Ella le contestó: “porque cuando era pequeña, el pescado era muy grande y no cabía en la sartén”. Relatos como estos hay por montón y muchos se han dejado de contar, o se desconocen, porque estos alteran la forma en la que vemos y habitamos el mundo.

El reflexionar sobre las plantas medicinales no solo como una constante necesaria para pensar en las percepciones del mundo que se han desarrollado en Latinoamérica a lo largo de los siglos, sino también como las bases para construir memorias colectivas, nos obliga a replantearnos los papeles tan importantes que juegan en nuestras culturas. Por ejemplo, nos enseñan lo que han hecho nuestras generaciones pasadas para mantener historias vivas, las cuales, muchas veces, no responden ni se acercan a los relatos de la historia oficial. Incluso, a

pesar de que su origen muchas veces se ve diluido en medio de los avances y los nuevos acontecimientos que viven las sociedades, siguen latentes, creando y forjando memoria desde los lugares más recónditos e inesperados.

De esta misma manera, estos relatos nos permiten dilucidar un camino por el cual avanzar para cambiar las formas en las que estamos desarrollando nuestro futuro, tanto de manera individual como colectiva desde los diferentes lugares que habitamos. A final de cuentas, *el que no conoce su historia está condenado a repetirla*. Este refrán popular no nos habla solamente sobre aquellas decisiones que causaron catástrofes, ocasionando la desaparición o el ocultamiento de civilizaciones completas, sino que, a su vez, responde a todos esos saberes poderosos que se han ido perdiendo con el paso del tiempo debido a la apropiación de los conocimientos traídos desde Europa, olvidando, o al menos deseando olvidar, todas las sabidurías propias de las personas que habitaban y habitan en el Abiyala. Saberes que marcan la diferencia en cómo se ve, se percibe y se vive en y con el mundo.

No obstante, es difícil hablar de memoria sin preguntarnos qué significa o qué engloba este concepto, para después pensarlo en relación con el desarrollo que ha tenido junto a las plantas medicinales. Esta es una pregunta que se ve sencilla, pero que abarca demasiados elementos que valen la pena considerar, como lo hace Elizabeth Jelin en *Un nuevo campo de estudio. Los trabajos de la memoria*. Al inicio de su ensayo “¿De qué hablamos cuando hablamos de memorias?” (2001) ya es muy dicente algunas cosas que ella va a tratar con posteridad. Yo utilizaré los elementos que recoge Jelin para soportar mis argumentos.

En primer lugar, pensar en memoria, en singular, es una reducción que no se puede hacer porque hay tantas memorias como personas que han tenido una experiencia determinada. Esto quiere decir que las memorias no solo responden al individuo o al suceso vivido, sino que

implican una relación compleja que involucra la conexión y el tejido con memorias de otros sujetos que vivieron la misma experiencia, pero, seguramente, de una manera completamente distinta.

Esto significa que lo que, coloquialmente, llamamos memoria está compuesta por elementos diversos que la complejizan y la sostienen de tal manera que pueda funcionar como un lugar para el cual una persona puede volver o busca escapar. Uno de ellos, y quizás lo más obvio que se suele pasar por alto, es el hecho de que la memoria no solo implica lo que se recuerda, sino también los olvidos que existen, los puntos de fuga dentro de la red de nuestros pensamientos. Pensar en los olvidos puede ser incómodo porque hay distintos motivos por los que dejamos a un lado ciertos recuerdos: no los consideramos importantes, algunos más relevantes los reemplazaron o fueron traumáticos, generando heridas y cicatrices que nos obligan a forjarnos como las personas en las que nos vamos convirtiendo.

Estos elementos olvidados, estas memorias falsamente *perdidas* son las que usualmente no corresponden a los relatos construidos por la historia oficial, por las historias de Occidente. Ver el desarrollo de las ciudades españolas es un recordatorio constante de las dinámicas de la Conquista y Colonia empezada por Cristóbal Colón y financiados por el imperio español. Allí, en España, actualmente no hay una ciudad que no tenga una vía principal cuyo nombre sea “Gran Vía de Cristóbal Colón”. Y a los latinoamericanos en los colegios nos enseñan cómo Colón *descubrió* un nuevo continente y *salvó* a las futuras civilizaciones que aquí existirían. Se cuentan los supuestos logros que consiguió, según la religión católica y el imperio español, pero nunca se narran todas las equivocaciones, destrucciones y genocidios que se desarrollaron gracias a la llegada del italiano a América. En Latinoamérica, Simón Bolívar fue un héroe que permitió guiar

a diversas sociedades hacia el camino de la independencia; para España, fue un hombre que hizo que España perdiera el poder que tenía sobre las tierras del Nuevo Continente.

Los olvidos son elementos muy importantes que ayudan a configurar nuevas realidades y nuevos modos de entender las sociedades y la manera en que éstas se han desarrollado. Puede que se llenen de polvo en medio de una sala de archivos o estén escondidos en la mente de la última persona hablante de cierta lengua que queda en el mundo, pero ellos son necesarios para saber lo que se ha ocultado, lo que se ha ignorado o lo que han querido desaparecer para crear una falsa y unánime realidad de los sucesos que viven las distintas sociedades a lo largo del mundo. En nuestro caso, en Latinoamérica, es la relación con los saberes de las culturas indígenas y campesinas que han llegado a las urbes, pero que se mantienen en las periferias de estos centros de poder. Por ejemplo, e hilándolo con los tópicos centrales de este trabajo, esto sucede con el uso de la infusión de apio, también conocida como agua de apio, por parte de muchas abuelas que buscan solucionar distintos padecimientos, generalmente relacionados con dolores de estómago o del organismo en general, pero que no llegan a ser transmitidos por algunas madres por desconocer realmente qué es lo que hace en el cuerpo: mejorar la circulación y, por lo tanto, impulsar a los diferentes sistemas del organismo a funcionar correctamente.

Ahora bien, Jelin comienza a trabajar con la memoria desde diferentes enfoques para desarrollar la complejidad de este fenómeno. “Un primer eje que debe ser encarado se refiere al sujeto que rememora y olvida. ¿Quién es? ¿Siempre es un individuo, o es posible hablar de memorias colectivas?” (Jelin, 2020). Jelin dirá que cada sujeto tiene sus propios recuerdos que son intransferibles a alguien o a algo más; sin embargo, hay que tener presente que estos sujetos siempre están ubicados en contextos grupales y sociales específicos. La autora, para desarrollar esta idea, decide traer a colación la noción de cuadro o marco social que maneja Halbwachs. Este

encuadre se refiere a todos los elementos que representan lo que es la sociedad en general, sus valores y lo que necesitan (Jelin, 2020). Eso quiere decir que el marco social de mí, una mujer que nació y vive en la capital, mestiza, con una posición socioeconómica cómoda, no son los mismos de un joven negro que vive en el Chocó en situaciones de pobreza. Probablemente, ambos hemos experimentado situaciones de fuerza nacional como lo fueron las protestas del 2019 que desembocaron en muchas muertes en todo el territorio del país, pero la manera en que nuestras memorias rememoran esos hechos son completamente diferentes porque, a pesar de que fue la misma situación, nuestros contextos son distintos. No obstante, esto no quiere decir que no exista una memoria colectiva de los sucesos, solo que son interpeladas por las diversas realidades de todos aquellos que las hemos vivido. De esta forma, no importa que tan individual sea la memoria que un sujeto presenta, sino que la relación que se tiene con este fenómeno estará mediada por las nociones de y que la sociedad, en la que el sujeto se desarrolla, tienen, al mismo tiempo que les da sentido a las rememoraciones personales. Y, debido a que estos marcos son históricos y cambiantes, a su vez, las memorias también lo serán.

Esto es interesante pensarlo en relación con lo que Hayden White (2003) desarrolla sobre la historia oficial y la no oficial. A final de cuentas, las narraciones que se han mantenido y rigen un poder sobre la manera en que una sociedad entiende un suceso que sus antepasados experimentaron, responde a una concepción de ver la realidad. Incluso dos personas que tengan los mismos marcos sociales y hayan experimentado un acontecimiento desde una misma manera, tienen memorias distintas, sus verdades son diversas y no hay una que sea superior o correcta sobre la otra, aunque eso sea lo que la historia oficial nos quiere hacer creer. *La historia la cuentan los ganadores*. ¿Pero sobre quién ganaron? Sobre la idea de la diversidad, posicionando una falsa universalidad, de realidad y de verdad única e indiscutible. Incluso algo tan *exacto*

como el lenguaje matemático juega en estas dinámicas: la enseñanza tradicional es que $1 + 1$ es igual a, únicamente, 2; pero, si se le pregunta a un ingeniero, dirá que esta suma nunca dará como resultado 2 porque ni el 1 ni el 2 son números enteros, simplemente se enseñan como tal para que su comprensión sea más sencilla. De la misma forma, los evangelios no son nada más que cuatro versiones distintas de la vida de Jesús, que no responden a la realidad que vivió el propio Jesús.

Y, de la misma manera, la historia y las memorias que se tienen son diversas y constantemente cambiantes. El hecho de recordar algo ya implica un cambio porque se está trayendo al presente algo que sucedió o tomó lugar en el pasado. Eso quiere decir que los marcos sociales en los que se están desarrollando nuevamente estas memorias son completamente nuevos. No es lo mismo que la mujer recuerde en su presente por qué se le corta la cabeza y la cola al pescado al momento de ponerlo en la sartén a que lo haga su bisabuelo en su presente, o por qué se toma en ciertas ocasiones una «agua» de apio. La edad, los cambios fisiológicos implican una transformación en las nociones de cómo somos en medio de nuestro entorno. Es necesario pensar que todo cambia según la manera en que comprendemos el mundo, como la realidad de una joven se transforma completamente en el momento de su primera menstruación.

Así mismo sucede con la comprensión y la vivencia de todos los acontecimientos que nos interpelan como seres humanos. Todas las personas, desde nuestras creencias, nuestros saberes, conocimientos, y las enseñanzas que nos dieron nuestras familias, posicionamos diversos puntos de vista que responden a la manera en que vivimos y nos relacionamos con el mundo y la Naturaleza. Estos marcos sociales nos interpelan, pero nosotros tomamos la decisión de si queremos seguir las ideas con las que hemos crecido o desarrollarnos en contraposición a ellas, usándolas como justificantes para escapar de lo conocido y experimentar nuevas realidades. Por

esto, en medio del capitalismo tardío que estamos viviendo hoy en día, hay varias decisiones en relación con la concepción de la Naturaleza: están las personas que buscan protegerla, las que no desean que se siga utilizando en beneficio del hombre, las que la necesitan como recurso primo para el sistema socioeconómico, entre otras.

Aquí toma lugar nociones muy importantes que desarrolla Jelin haciendo referencia a los procesos de memoria. De la misma forma en que las memorias no son inmutables, sus procesos varían según la manera en la que los sujetos la pongan a dialogar con el presente inmediato en el que se esté desarrollando. Existe un proceso pasivo el cual está compuesto por todos los restos, las huellas, los saberes que están archivado en lo profundo de las mentes o de los registros de bibliotecas o de archivos. Son elementos latentes que viven en la ciudad subterránea y se desarrollan en ella.

La manera en que estas memorias pasivas comienzan a funcionar activamente es gracias a un sujeto que las evoca al, por ejemplo, dar significado al pasado, al llamarlas y ponerlas a dialogar con el presente para que no se queden cogiendo polvo, sino que realmente estén en funcionamiento con los marcos sociales en los que es sujeto existe. Muchas veces la existencia de estas memorias pasivas es ignorada por miedo a la manera en que se pueden enfrentar a la historia oficial, que, como ya he dicho, busca mantener una realidad unánime. Este miedo puede darse por parte de las Instituciones que buscan conservar esta historia única, pero también puede generarse en la mente de las personas que tienen estas memorias que pueden cambiar el rumbo del mundo porque temen ser heridos, o que hieran a sus seres cercanos, por contar su verdad.

Mi verdad siempre se ha forjado en relación con el poder que tienen las plantas, no pensándola en función de únicamente mis intereses, sino en el desarrollo conjunto que ambas podemos tener. Pero estos mismos marcos sociales a mí me han jugado una mala pasada. Cuando

decidí hacer un intercambio de estudios a España, me enfermé con una gripe bastante fuerte. Si hubiese estado en Colombia sabría que una infusión de flor de sauco con miel y jengibre me habría levantado de la cama. Sin embargo, en Granada no había sauco, el jengibre era costoso y la miel no era natural. Traje a funcionar una memoria pasiva que, durante toda mi vida, ha estado latente, en medio de un cuadro social distinto al de mi cotidianidad en mi país. Además, tuve que enfrentarme a cambios medioambientales a los que no tenía forma de estar acostumbrada: invierno, temperaturas bajo cero, tormentas de arena del Sahara, y todo eso mientras pasaba por una gripe, que de simple no tuvo mucho. No es solo traer a colación las memorias, sino el lugar en donde las posicionas.

No obstante, mis memorias no cayeron en saco vacío mientras estuve en España. Tuve la posibilidad de brindarlas y regalar mis historias a personas que jamás pensaban que era posible superar una enfermedad sin el consumo desmedido de medicamentos. Tal vez a mí no me ayudó a proteger mi cuerpo, pero rememorar estas memorias me dio la posibilidad de compartir saberes que pueden interpelar a otras personas con marcos sociales muy distintos al mío. Es aquí donde el traer las memorias puede hacer una diferencia, tal vez no para mí misma, no para mi cuerpo, pero sí para alguien más. Se pueden construir memorias colectivas con saberes que permitan el encuentro desde diferentes visiones del mundo.

Es aquí donde narraciones como los relatos testimoniales y/o experienciales son muy importantes para el desarrollo y cambio de las maneras de relacionarnos entre nosotros y con el planeta. Da miedo, porque nos quieren callar o porque podemos ser incomprendidos, pero vale la pena correr el riesgo para contar nuestras verdades. Este es el lugar en el que considero que la literatura tiene un papel necesario para hacer perdurar las distintas narraciones de un acontecimiento común. Yo tengo mis memorias en relación con las plantas medicinales las

cuales considero son importantes porque pueden interpelar a muchas personas que tienen dinámicas con la naturaleza muy distintas a las mías. De la misma forma, si traigo a colación la voz de mi pediatra no solo estoy enriqueciendo mis verdades, sino que también puedo brindársela a personas que tal vez no sepan que desean o necesitan escuchar sobre formas diferentes de relacionarse con el mundo.

Debo aclarar que yo digo traer a colación la voz de ella porque la doctora Gloria Escobar puede encontrarse y expresarse como lo desee, pero me dio la confianza para que, a través del papel, de la hoja escrita, pueda darse a conocer otra realidad. Como futura literata y escritora, yo no me considero ni veo mi figura como la del intelectual que está a disposición de brindar su voz y sus conocimientos a otras personas que lo necesitan. Yo soy una mediadora que da mayor visibilidad a sus propias voces y saberes que han sido relegados y que merecen tomar su lugar en medio de los conocimientos de las élites, porque los relatos orales son demasiado importantes: gracias a ellos las sociedades se han desarrollado en la manera en que lo han hecho. Sin embargo, en nuestros tiempos, de la época digital y del tacto, plasmarlo por escrito puede hacer que perdure, quizás, por más tiempo, y que no se pierda su origen, muchos menos en la ciudad, como lo hizo la cabeza y la cola del pescado.

Además, es interesante pensar en cómo la Naturaleza nos habla desde las propias selvas de cemento. Sigue hablando, jamás va a dejar de hacerlo, pero es bastante curioso que lo haga a través de voces insospechadas, periféricas, pero importantes y necesarias para narrar partes ocultas de nuestra historia, las verdaderas historias oficiales de las que no hablamos, que callamos sin saber en cómo ellas podrían cambiar el rumbo de todo lo conocido. Estos saberes tienen un lugar que vale la pena traer más allá de fragmentos sueltos que a veces se evocan, sino

que es importante ponerlos a dialogar con las nuevas dinámicas del mundo. No es traer lo antiguo a lo nuevo, sino, más bien, traer al presente lo que a su vez nos conforma hoy en día.

El testimonio, como género que tiene la capacidad de escaparse de nuestras categorizaciones usuales, así como explora Beverly (1987) es un medio muy poderoso para recoger las voces de muchos, voces que han sido ignoradas, para, así, cambiar las nociones con las que nos desarrollamos en el mundo. Si conocemos nuestra historia tal vez no sea necesario cortarla como la cabeza y la cola del pescado. Por los cambios que nosotros mismos hemos generado, el pescado ahora es lo suficientemente pequeño para que pueda entrar completamente en el sartén, pero también puede que tengamos una sartén más grande para conservar y compartir nuevos conocimientos y saberes que pueden cambiar no solamente nuestras memorias, sino también las de personas insospechadas.

Ese pescado y los saberes intrínsecos que consigo mismo lleva no son nada más que las diversas plantas medicinales que toman un lugar periférico en la ciudad, y que son olvidadas por desconocer la manera en cómo nos pueden curar y mantener en un estado de verdadera salud, no solo pensando desde la corporalidad y la plenitud del organismo en el que habitamos el mundo, sino también comprendiendo desde nuestro espíritu como una relación sana y correcta con la Gaia en la que existimos nos permitirá a ambos a perdurar en una verdadera relación simbiótica.

SEGUNDA PARTE: RELATOS EXPERIENCIALES

Mis dos mundos

En momentos como este siento que lo único que me queda es desfallecer. Vivir en la ciudad es demasiado desgastante. Todo el mundo se mueve a una velocidad impensable, como si el tiempo se fuese a esfumar para siempre. No comprendo cuál es la necesidad de desperdiciar lo poco que hay intentando perseguir los sueños materiales, banales, pero necesarios en el mundo que vivimos. Mi vida no siempre es mi vida, y no sé cómo controlar mis deseos que no corresponden a los quehaceres, comúnmente, sociales, pero tampoco a los que mi familia me quiere agregar.

-Levántate, hemos llegado -me dice mi mamá sin perder de vista la carretera.

Los viajes son una tortura para mí. Adoro salir de la rutina, conocer mundos nuevos y escaparme de la normalidad que no hace más que drenar mis poros de alegría. Mas esto es absurdo. Las carreteras son un demonio para mí, especialmente las que está llenas de curvas. No existe manera alguna en la que no me maree, en la que, por un instante, prefiera quedarme en la ciudad antes de salir a encontrarme con las maravillas que inundan mi país. No todas las personas entienden mis razones para sentirme desganada y destruida frente a un nuevo mundo. Para muchos, solo soy una niña malacarosa que solo quiere

devolverse a su apartamento en la ciudad, sentarse a ver televisión y ver películas durante toda la tarde.

-¿Qué te parece este lugar, hija?

El sueño de mis padres siempre fue poder comprar una finca en tierra templada o caliente. Un lugar en donde solo tuviesen que construir sus anhelos, aprovechando todas las recompensas que sus arduos años de trabajo les dejaron. Sin embargo, sus mundos no logran funcionar así. Desde empezar a encontrar un pueblo que les guste, hasta un terreno o una casa ya construida que pueda corresponder a lo que siempre han soñado. Es en esos momentos cuando se empieza a evaporar la idea de una casa perfecta, un mundo ideal. A la casa hay que ponerle limitaciones, porque tal vez el dinero no alcance para construirla como se desea en totalidad. El terreno con al menos un punto de agua, una manera de buscar estabilidad en un país en el que no tener este recurso es de lo más común, aunque sea de los territorios del mundo con mayor capacidad para tener al constructor de la vida. Pero a veces es imposible encontrar lo que se desea y me pregunto qué me va a quedar a mí en medio de tanta incertidumbre en la que nos movemos de manera automática. Los mundos vuelan y lo más probable es que nosotros nos terminemos quedando atrás.

-Hija, quita la mala cara.

Lo intento, juro que lo hago, pero no hay nada que me haga sentir mejor. El calor me mata, me gusta, pero me mata. Caminar sintiendo como mis tripas se revuelven no es agradable. La cabeza va a explotarme y no se me puede pasar por la cabeza el comer algo porque, si lo hago, mi estómago devolverá todo. Me siento mal, y no hay nada que conozca que me haya ayudado. Desayunar o no desayunar, que mi papá conduzca despacio o lo haga rápido, que me quede sentada y despierta o me duerma y me acueste en el asiento de atrás. No hay medicamento ni remedio que me dé la energía que necesito para no sentir que me acabo.

-Miré en internet y puede que el jengibre te ayude, hija.

Apenas y aguanto el picor del jengibre en la comida. No es que no me guste, solo que siento que para mí es un poco fuerte. Además, si ninguna pasta me sirvió, ¿por qué habría de hacerlo una raíz que me revuelve el estómago? Tal vez soy demasiado débil para intentar reconectar con el mundo que mis padres perdieron cuando eran jóvenes, al que desean volver para comprender que la vida tiene un sentido y que este es el ciclo que ellos quieren cumplir. Tal vez yo solo nací para existir en la ciudad y morir en la ciudad, sin mantener nada de ese mundo extraño y peligroso, según lo que otros me han dicho. A todos los pican los insectos, los muerden animales salvajes, se los llevan las corrientes de las quebradas. El escuchar sus

historias me causa temor de terminar como ellos: con miedo a lo que hay afuera. Así que sí, mi temor se fundamenta en el terror de los otros; mi escepticismo, en el que he conocido de los demás.

El jengibre no solucionará nada, no hay manera. Así que me niego, una y otra vez. Y cada vez que viajo me siento peor. Siento como la piel me quema por dentro, como mis anhelos por conocer otros mundos se desaparece porque mi cuerpo no tolera el recorrido necesario para llegar a ellos. Me niego y siento que estoy cometiendo un error del que me puedo arrepentir, pero en el que me da miedo arriesgar. Es terror de probar algo nuevo y que, otra vez, mi cuerpo no lo tolere y solo quiera seguir desfalleciendo. Quisiera que lo entendieran, pero parece que muchas veces somos lo suficientemente egoístas para despreocuparnos por los sentimientos de los otros, hasta el punto en el que creemos que son solo inventos, ilusiones sin sentido que solo adquieren para quedarse en su zona de confort. No es mi culpa que al menos ahí me puedo sentir un poco más sana de lo que me siento en este mundo desconocido.

-Inténtalo, no pierdes nada si lo pruebas.

Me cansé de escuchar a mi mamá decir eso una y otra vez. Así que lo hice. Recuerdo que mi mamá ralló un poco de jengibre y lo agregó en el fondo de mi jugo de naranja. Sabía extraño, como si

ese no fuese el lugar al que pertenecía. Como mi estómago no soportaba comer nada más a esas horas, apenas y podía tomarme el café en leche, y el mundo no dejaba de dar vueltas. No va a funcionar, no hay manera en que lo haga. Mi cabeza empieza a romperse en dos y sé que el viaje de hoy volverá a ser un martirio.

Pero las cosas cambian. No me siento entera ni mucho menos estable, pero por primera vez desde que tengo memoria no existen mareos. El mundo no se desarma en pedazos. Mi estómago se revuelve, pero está lo suficientemente estable para que en unas pocas horas ya me sienta como nueva. No entiendo qué sucede. ¿Sería el rechazo natural que mi cuerpo tiene contra los medicamentos? ¿En serio una raíz hizo más por mí que un Mareol o dormir durante horas, aunque no quiera hacerlo?

Tal vez fue solo una coincidencia, un efecto placebo que me sostiene el cuerpo hacia un lugar en el que, finalmente, siento que puedo avanzar, conocer y moverme en libertad. Por fin encuentro una manera de sentirme completa, con deseos de comerme el mundo sin que nadie me lo impida. Cuando menos me di cuenta, le pedía a mi mamá que por favor me rallara más jengibre. El sabor ya no importaba, era mágico lo que podía hacer en mi cuerpo. Mis límites físicos se redujeron de una manera impresionante.

¿Qué hubiese pasado si mi mamá en su juventud, en la que sufrió de mareos como yo, hubiese sabido que un poco de aquella raíz asiática podía cambiar las reglas del juego? Es sorprendente lo tanto que se tiene y lo poco que se conoce. Cuando me puse a pensar sobre mi entorno, caí en cuenta de que ya no me sentía desfallecer. Tal vez si tenía un efecto placebo. No sé, no me importa. Me permitió sentirme humana. El simple uso de una raíz me permitió conectarme con el nuevo mundo en el que comenzaba a habitar. La naturaleza me dio las puertas para entender el poder tan magnífico que ella misma tiene. Sin ella, estoy segura de que seguiría desfalleciendo ante los misterios que se encuentran saliendo de mi mundo, de la ciudad.

Rus in urbe

Desde que tengo memoria, he ido a distintos médicos en los pocos años de vida que tengo. Sin embargo, siempre hubo una doctora que nunca he podido cambiar, ni siquiera hasta el día de hoy cuando ya soy una adulta: a mi pediatra.

-No se te olvide pedir la cita médica con Gloria Escobar.

Recuerdo una clase en la universidad en la que debíamos presentar una cartografía social. Un compañero la focalizó en el comercio de plantas aromáticas en un mercado de la capital y en el de Villeta, que es de donde es él. Hizo una pregunta con la que todos sé que quedaron callados y yo respondí, algo relacionado con nuestra relación con las plantas medicinales. Recuerdo responder que era normal para mí tener contacto con ellas porque mi pediatra toda la vida me recetó remedios naturales para curar diferentes enfermedades que invadían mi cuerpo y mi mente. Mi participación tuvo dos reacciones. Unos de mis compañeros se burlaron porque con 18 años seguían yendo a citas médicas con una doctora especializada en el cuidado de la salud de los niños. Otros, de una manera brusca, a mi sentir de ese momento, me dijeron que el contacto con las plantas medicinales era normal para mí, no para el resto de las personas. Esa realidad me hizo pensar en muchas cosas.

Recuerdo que de pequeña muy pocas veces enfermé de gravedad, mis fiebres son contadas con los dedos de mis manos. Para cada mínima enfermedad que tenía, le preguntaba a mi pediatra y ella siempre tuvo una solución que me alejaba del consumo de medicamentos, con un montón de contraindicaciones que podían llegar a afectar mi salud. Recuerdo incluso una vez en que me dio una costocondritis, una inflamación en la articulación que une a las costillas con el esternón. Aquella vez otro médico me dijo que se debía a un esfuerzo mal hecho en el gimnasio. Mi pediatra, sin saber absolutamente nada de lo que en ese momento pasaba en mi vida, me dijo que tenía roto el corazón. Decirlo así puede sonar muy cursi, como si no tuviese sentido que una relación en la cuerda floja podía afectar a la manera en que mi cuerpo respondía a la verdad del mundo.

Aquel dolor me invadió durante mucho tiempo, al menos más de un año. A veces solamente era una pequeña presión en el pecho que podía asociar a un estrés debido al estudio. En otras ocasiones, cuando quería que mi cuerpo explotara de energía, sentía a buda sobre mi pecho, presionando mis pulmones hasta generarme la sensación de que ya no podía respirar, aunque sin problemas el aire entrara y recorriera mi organismo. No había cura, solo el tiempo podía sanar lo que dejé que alguien más llegara y rompiera. O al menos eso lo creí así.

La pandemia de alguna manera fue mi propio infierno. Era la protagonista del *Decameron*, escapando de los males en la ciudad y viviendo en el campo, esperando que el virus jamás llegase a mí. Tuve que convivir con todo aquello con lo que siempre quise escapar a lo largo de mi vida. Eran los retos que yo debía enfrentar en ese entonces. Tenía una gran ventaja que todos los que se quedaron en la ciudad no podían ni soñar, pero al mismo tiempo era mi condena.

Sin embargo, de alguna manera estando allá, alejada de la ciudad y conectando con el mundo, me ayudó a sanar. Recuerdo que una estrategia que se empezó a implementar fueron la creación de videos sobre los libros o los autores que tratábamos en clase. Siempre he sido muy tímida frente a las cámaras, detesto ver mi cara en ellas. Mi voz, aunque nunca fue mi favorita, podía tomar un lugar en medio de las presentaciones que hacía con mis compañeras. Una vez, tuve que hacer un vídeo sobre Josefina de la Torre, autora de la generación del 27 en España. La experiencia de la grabación fue una locura.

Mis padres trabajaban en la cocina y en el solar de la casa, es decir, en todo el centro de la vivienda. Siempre ponían música porque trabajar sin ella podía llegar a ser demasiado aburrido. Claro, se perdían de un sonido que podía llegar a pasar como ruido para nosotros, pero para cualquiera que tuviese

un primer contacto con aquellos cantos de las aves, sería el encuentro con un mundo olvidado.

No encontraba un lugar en el que pudiese grabar mi voz hablando sobre tan maravillosa escritora. Intenté en el baño, pero había mucho eco; en la habitación, mucho ruido. Quería que solo mi voz se escuchara, tal vez de una manera un poco ególatra de mi parte. Buscaba fingir que estaba en el mismo lugar que los demás: en un mundo obligado a desalojo, al encierro inmediato y a la imposición de un silencio desconocido. Esa no era mi realidad y me peleé con ella sin pensarlo dos veces creyendo que le ganaría, me creí con la capacidad de controlar al mundo, en vez de buscar cómo convivir con él. Grabación que hacía, grabación en la que sonaban los pájaros peleando y discutiendo unos con otros. Parecía un mal chiste: yo hablaba y ellos también lo hacían; me callaba, solo el viento tenía la palabra en ese momento.

En aquel entonces me sentí frustrada, no conseguía grabar mi voz sobre lo que la naturaleza me quería decir. Era incapaz de hacer lo que se supone que como ser humano podía hacer. Ahora, pensando en esos instantes que sucedieron ya años atrás, solo puedo pensar en cómo la naturaleza siempre ha intentado hablar conmigo, y en las tantas ocasiones en las que decidí no escucharla por arrogancia de mi parte. Me creí superior estando

en la soledad, un error con el que no me quiero volver a topar porque, a pesar de todas las caídas con las que me he enfrentado al mundo, también soy consciente de que en muchas ocasiones he logrado crear una conexión que no siempre se ve en las personas que habitamos el planeta.

Aquella clase en la que hablé con naturalidad sobre mi contacto con las plantas medicinales me dejó mucho que pensar, especialmente teniendo en cuenta a los compañeros que me decían que esa normalidad era mi normalidad. Muchas de las familias que existen hoy en día en la ciudad tuvieron un pasado en zonas rurales del país. No es algo que solo yo sepa, es un hecho en una sociedad con un gran conocimiento en la agricultura. Pero este conocimiento muchas veces ha sido relegado por las voces de la industrialización, haciendo que pensamientos ajenos a nuestra sociedad tomen el lugar que nuestros saberes ancestrales tenían anteriormente.

En la ciudad se ha olvidado la importancia de las plantas medicinales, incluso se cree que no existe ninguna en nuestra cercanía. O al menos eso creo que pensaban las personas cuando veían a una niña pequeña con el uniforme del colegio intentando tomar un racimo de aquella flor blanca que por temporadas se esparce en las calles de Bogotá. Una pequeña flor blanca, muy hermosa que pocos saben que huele a miel y que aún más pocos han

usado en infusión para curar las gripas estacionarias, tan comunes en la capital, o como una limpieza para purificar nuestros organismos.

En la ciudad hemos olvidado dos cosas muy importantes: la primera es que nosotros no somos superiores a la naturaleza que nos rodea, no podemos controlarla y hacer que responda a nuestros deseos porque sí. La segunda, el mundo que nos rodea es el que tiene la capacidad de sanarnos de la misma forma en que nosotros lo podemos salvar a él. A diferencia en lo que muchos piensan y quieren transmitir a otros, estamos rodeados de relaciones simbióticas con el universo, no de dominación. En la presentación de la cartografía social, para mí fue clara mi relación con las plantas, especialmente las medicinales. En el momento de grabar mi voz, hubiese podido ser consciente de aquella verdad que no quería escuchar en esos instantes, instantes que por arrogancia no hice más que perder frente a un nuevo mundo.

Duraznos y abejas

Querida Ana:

Siento que ha pasado un tiempo desde que hablamos. Sé que ha sido mi culpa, pero realmente he tenido miedo de iniciar esta conversación porque tengo conocimiento de que tocaré algunos temas de los que no entiendo, porque son más experienciales que cualquier cosa, pero quiero que comprendas mi perspectiva. Yo no he vivido todo lo que tú has tenido que pasar. Probablemente me equivoque al decir cosas importantes, así que en serio pido tus disculpas. Tu situación no ha sido sencilla y yo no soy nadie para juzgarla, aunque tal vez pueda ayudarte. No lo sé, pero eso espero: darte un lugar en el que puedas hablar y estés segura de que serás escuchada. Creo que es importante, no siempre hay un lugar seguro en el que nuestros sentimientos pueden tomar la relevancia que realmente tienen.

Siento que debe ser muy duro hablar de la pérdida, al menos sé que desde mi experiencia lo ha sido. Recuerdo aquella vez en la que mi abuelo murió. Él era el segundo padre de mi hermana, fue una de las personas más involucradas en su crianza. Cuando falleció, mi corazón se rompió en dos. No fue tan especial como siempre lo había sido con ella, pero fue lo suficientemente especial para mí por ser mi abuelo, por restregar su barba contra mi mejilla, por molestarme y por estar allá cada vez que

los visitaba, a él y a mi abuela, en su finca. Él se fue y yo quedé destruida, quedó un hueco en mi corazón que nadie podía sanar. Nadie lo haría, pero algo siempre me recordaría a él.

Amo las ciruelas, ¿te lo he dicho? Son unas frutas completamente deliciosas que han hecho de mi vida un manjar de los dioses. De cualquier variedad me gustan, incluso aquellas que son deshidratadas. Son muy buenas y siempre me han ayudado. Para mí siempre han sido medicinales por todo lo que tienen. ¿Sabes qué pienso de los duraznos? Me gustan un montón, pero le tengo mis reservas. No sé si es su piel, su textura un poco tosca o que pensar en ellos no hace más que recordarme a mi abuelo.

Un día fui a la finca, mi papá lo regañaba, mi abuelita lo regañaba, pero estaba ahí. Luego me enteré de que estaba en el hospital, pero que por mi corta edad no podía visitarlo. Un día fui a la finca y él estaba ahí. La siguiente vez que fui, solo quedaba su silla vacía en la mesa del comedor y yo no era capaz de decir cómo me dolía verla ocupada por alguien más que no fuera él.

En aquel entonces no pude despedirme, no sentía correcto dejarlo ir. ¿Sabes quién es él ahora? Es un hermoso árbol de duraznos y cada vez que habló con él siento que el viento se

tranquiliza y que me vuelve a acariciar la mejilla con su barba. Me vuelvo a sentir en casa y me siento de regreso con él.

Por alguna extraña, infantil y estúpida, razón, con mi nono siempre tuve una relación más lejana. Recuerdo que las cosas eran diferentes alrededor suyo. Él seguía viviendo en Pamplona, el pueblo de mi familia materna. Rara vez lo veía o tenía algún recuerdo con él. Y, por alguna extraña razón, mis primeras memorias a su lado están llenas de rechazo por mi parte. No entiendo qué me sucedía, supongo que era miedo a ver a alguien tan mayor con tanta energía y vitalidad como para caminar desde Pamplona hasta Bucaramanga cuando yo no podía aguantar media hora un viaje de carretera sin devolver todo el desayuno.

Sin embargo, igual que mi abuelo, mi nonito siempre estuvo presente en mi día a día, a pesar de la distancia y de las dudas de mi parte. Él fue muchas cosas, para mí era y será el mejor apicultor del mundo. Cada vez que mis tíos o mi nona viajaban a visitarlo, nos traían ponqué de Pamplona y un frasco de miel de las abejas de mi nono. La mejor miel que probaré en toda mi vida. Recuerdo que mi mamá me contaba que las abejas conocían tan bien a mi nonito que él ya no tenía que usar un traje para sacar la miel. No, ellas se esperaban y volvían porque sabían que él las estaba cuidando. Y su miel siempre estuvo en el mueble de la alacena para usarla cuando yo la necesitara, hasta

que un día simplemente se acabó y ya no había más rastros de su presencia en la cocina de mi casa.

Sentía que la historia se repetía otra vez, ¿sabes? Un día nos llamaron, tuvieron que llevar a mi nono a urgencias hasta Cúcuta. Viajamos junto a mi mamá y a mi hermana. Fue bastante curioso todo el recorrido porque conocí a un tío que nunca había visto, pero del cuál sí sabía su existencia. Pero, cada vez que íbamos a visitar a mi nono al hospital, a mí no me dejaban entrar por mi corta edad. ¿Puedes creer que me volvía a pasar lo mismo incluso años después de la muerte de mi abuelo?

Pensamos que todo iba a mejorar, mi nonito estaba empezando a recuperarse. Nos devolvimos a Bogotá y en los primeros días de enero mi hermana me dice que mi nono había muerto. Mi hermana y yo nos quedamos en la capital y recuerdo haberme acostado a su lado y ponerme a llorar. Otra vez no me podía despedir y era horrible porque además sentía que hubiese podido aprovechar más el tiempo si no hubiese sido por mi arrogancia de pequeña. Tal vez, Ana, te estás preguntando si mi nono tal vez se convirtió en un durazno como mi abuelo, pero no fue así.

Un día en el apartamento una pequeña abeja entró por la ventana. Era un piso quince, ¿cómo había llegado tan alto? No lo sé, pero le dije a mi mamá para que me ayudase a sacarla, ella siempre me había enseñado a no matarlas. Cuando mi mamá, con

toda la calma del mundo, le dijo a la abeja: "Hola, papá. Gracias por visitarnos. Todos estamos bien", y la abeja simplemente se fue. Desde entonces, mi mamá me dice que cada vez que vea una abeja es mi nonito preguntando por mí, viniendo a visitarme.

¿Para qué te cuento todo esto? Son mis experiencias de duelo, las pocas que yo he tenido. Sé que son completamente diferentes a la que estás viviendo en este momento. No quiero ni imaginarme la incertidumbre en la que te encuentras, esperando si aparece un milagro o si la vida te muestra su final. Pero eso es lo que necesitas, una muestra de que se acabó y de que lo puedes dejar ir, de que ya no lo tienes que esperar por más tiempo. El único consejo que te puedo dar, que es lo que he hecho a lo largo de mi vida para hacer catarsis, es relacionarlo a algo natural para que sea tu medicina, tu forma de sanar, tu manera de encontrar tu punto de encuentro con él, que tanto lo buscas y lo anhelas. Te regalo estos versos que algún día escribí y que representan mi desconocimiento, pero empatía hacia el dolor que estás experimentando:

Caballero de la noche

Cada pequeño niño que nace en medio de una guerra
es un nuevo arbusto que vive poco tiempo
sin ser capaz de florecer durante el día.

No importa si es soñado con otro propósito,
aprovecharán su maleabilidad
para que los jardineros en la menguante
corten sus ramas e impidan surgir sus retoños;
solo le queda seguir las instrucciones de los hombres.

No podrá crecer lejos de la batalla,
es simple carne de cañón
que tiene que luchar por una causa
en la que no puede entender las muertes.

Poco a poco se pierde la esperanza,
creemos que ya no hay vida
en esos pequeños cuerpos degollados.

Pero cuando cae la noche,
cuando el hombre duerme y la guerra se recupera
para la mañana siguiente,
los niños dejan escapar lo que con sus vidas protegieron:
el cielo se impregna con la inocencia de sus psiques
y, durante un diminuto instante,
en medio de su ensoñación la guerra
se niega a continuar con su avaricia
y los hombres buscan otro camino
en donde nunca dejen de percibir aquel embriagador aroma
que les regresa los deseos humanos.

A lo largo de la liviana noche
son las flores las que guían al mundo,
pero se evaporan sus ánimas
mientras más cercano se encuentra el día.

Una vez más,
solo les queda volver a luchar con sus cuerpos
para que en la noche
puedan escuchar su verdadero talante.

Porque al igual que en estas palabras, espero que el aroma
que para otros pueda ser un veneno que los puede intoxicar, para
ti sea la esperanza de un nuevo futuro en el que las cosas
cambien y puedas tener a tu familia otra vez. Aquí estoy para
ti, Ana, igual que todo el mundo natural que nos rodea. Solo no
abuses de él, no sabes cuando lo vas a necesitar como anclaje a
tu realidad.

El inconsciente consciente

-No se les olvide para la próxima clase traer un vaso plástico, algodón, un caucho y un frijol.

Honestamente, no recuerdo cuál fue la primera vez que en clase de ciencias naturales me pidieron llevar esos materiales para que pudiésemos hacer el ejercicio de sembrar algo sencillo, que debía prender sin importar mucho la manera en que se sembrara. No tengo una memoria clara de lo que pasó aquella primera vez, pero tengo el presentimiento de que mi frijol nunca germinó. Después de eso, mi relación con la siembra no fue muy buena. Solía pensar que les tenía envidia a las plantas y por eso cada vez que las tocaba, ellas morían al poco tiempo. No sé si era mi culpa, mi falta de fe o el medio en el que se ellas se encontraban, pero durante mi infancia, las plantas y yo nunca tuvimos una buena relación.

Por el contrario, mi mamá siempre tuvo una gran capacidad para hacer germinar las plantas que tuviese a su alcance. Crecían y se volvían muy hermosas, y conmigo no hacían más que achicoparse. Era demasiado frustrante pensar que el mundo y yo no podríamos tener una relación amable, en la que juntos podíamos crecer y ayudarnos mutuamente. Así fue durante mucho tiempo. Los frijoles no me germinaban y cualquier planta que estuviese en contacto conmigo, próximamente iba a morir.

-No me las mire así que mañana van a amanecer achicopaladas
-me decía mi mamá cada vez que yo veía su interacción con las
plantas.

Tal vez fue mi culpa seguir pensando que el mal surgía de
mí, que yo era el problema en mi relación con las plantas. La
verdad es que así era, no me sentía conectadas con ellas. No
creía que fuéramos parte de la misma realidad.

-No se les olvide para la próxima clase traer un vaso
plástico, algodón, un caucho y un frijol.

Estaba en séptimo cuando volví a hacer el experimento de
germinar un frijol. Recuerdo haberle dicho a la profesora que
iba a ser difícil para mí: las plantas y yo no nos llevábamos
bien en el proceso de sembrado. Ella me dijo que no importaba,
la idea era hacerle seguimiento a su crecimiento, eso implicaba
también pensar en que nunca creciera o en que tuviese una muerte
rápida. En aquel momento quería cambiar las reglas de mi juego,
no seguir siendo aquella niña que no podía tener un contacto
estrecho con la siembra de las plantas, con aquellos seres que
sentían, pero que yo no era capaz de percibirlos.

Pensé en que quería que aquel frijol germinara no por él,
sino por mí. Era una razón egoísta, pero fue suficiente para que
yo cambiara mi forma de hacer las cosas, de relacionarme con las
plantas. Ya no era brusca, no era acelerada. Buscaba darle a mi

frijol lo que necesitaba. Lo dejé en el pequeño invernadero del colegio porque pensé que si lo llevaba a mi casa iba a conocer más rápido su final. Suena extraño, pero sentía que la energía de mi hogar no iba a ser buena para aquella pequeña vida.

Nunca supe, realmente, cuánta agua debía darle para que fuese suficiente para ella, quizás podía ahogarla o dejar que muriera de sequedad y yo no estaría enterada de mi error hasta verla completamente acabada. Nadie jamás me decía algo, no me explicaban cómo debía ser la forma correcta de dejarla crecer.

-Échale agua cada día de por medio.

Como si eso fuese una instrucción. ¿Qué tanta agua? ¿Qué pasaba si el agua no era suficiente? ¿Un vaso de agua está bien o era necesario rociarla con una manguera? Dudas que pueden parecer estúpidas, pero que realmente hablan de ser consciente en la manera en cómo nos relacionamos con ellas, especialmente cuando somos nosotros los que buscamos darles una oportunidad de vida, oportunidad que nosotros mismos les hemos limitado.

Tal vez fue mi cambio de actitud, el querer realmente sentir cómo una planta crecía gracias a mí. El querer hacerme responsable de algo más que de mis tareas y de mis pensamientos. El frijol germinó y lo recuerdo con tanta felicidad como un momento brillante en medio de una opaca oscuridad. Todas las mañanas iba al invernadero y revisaba mi frijol. Tenía los

registros. Algo que nunca hice, y que tal vez redujo su velocidad de crecimiento, fue hablarle. Me sentí como si fuese algo ilógico, no quería comunicarme con algo que no pudiese contestarme en mi mismo lenguaje. Además, muchas veces lo visitaba junto a una compañera que también tenía un frijol que había germinado y me invadía la vergüenza.

Una mañana, después de un fin de semana, lo fui a buscar al invernadero y mi frijol ya no se encontraba ahí, de hecho, no había ninguno. No entendía que estaba pasando, así que le comenté a la profesora y ella habló con el jardinero. Habían botado las plantas que no fueran de la institución. Sentí como me arrancaban aquello que con tanto esfuerzo había formado. Unos seres extraños destruyeron mi vínculo con otro ser, sin siquiera preguntarnos. No tuve la elección de llevarlo a mi casa ni de protegerlo por un tiempo más. Sentía que era suficiente, que no podría volver a germinar una vida, de ninguna clase. Que no tenía la capacidad para hacerlo.

Pero fui un poco más honesta conmigo misma frente a la relación que mi mamá tenía con las plantas. Comencé a prestar más atención, la respetaba más. No juzgaba tan rápido, aunque me sintiera alejada, como si ellas estuviesen en una burbuja y yo fuese una espectadora que no puede hacer nada más que ver a la distancia. Descubrí que mi envidia era porque quería tener lo

que siempre vi en mi mamá, en mi tía, en mis abuelas, en las personas de los viveros. Sin embargo, jamás me atreví a reclamar ese lugar. ¿Por qué habría de hacerlo cuando la planta no iba a encontrar un lugar para vivir junto a mí? Pensaba que la desaparición de mi frijol había sido mi culpa.

-Hay distintas formas de sembrar en la ciudad de las que nos podemos imaginar.

Años después, estuve en un taller de bombas de semilla. Una forma creativa y sencilla de sembrar plantas sencillas en los entornos de la ciudad. Su propósito es tener la capacidad de germinar en los territorios más inhóspitos y menos esperados. Puse mi alma en ellas, con fe de que podían tener un futuro. Un pequeño perejil podría salir y yo sería la responsable de cuidarlo.

Y lo dejé en mi balcón, en épocas de lluvias. Pobres, mis bombas de semillas. Estoy segura de que las estaba ahogando y no creí que hubiese formas de salvarlas. Tanta agua las estaba desarmando, no iban a lograr nada. Las olvidé, lo que pensé que nunca haría. Busque una nueva forma de alejarme de las plantas, principalmente de aquellas que pueden enriquecer mi vida desde su sencillez y su forma de vivir en el mundo. Mi mamá no les tenía fe, ¿por qué yo habría de tenérselas? Me fui y las

abandoné en ese pequeño balcón, como si fuesen un pedazo de basura que uno simplemente bota en una caneca.

-Tu perejil ya salió. ¿Lo viste?

No sé qué pasó, qué clase de hechizo o de control les hizo mi mamá, pero en un momento ya no había un montón de bolas húmedas y desarmadas de tierra y arcillas, sino que había pequeñas ramitas de perejil, maravillosas que me saludaban.

-Deberías llevártelas.

Y el miedo me invadió. ¿Y si las mato? Con solo tocarlas podía hacerles mucho daño. Pero son mías y son de mi mamá. Más allá de unas pequeñas hojas de perejil, representan lo que mis manos pueden hacer trabajando junto a ella. ¿Qué pasaría si conscientemente sembrara algo con mi mamá? No lo sé, pero es algo a lo que estoy dispuesta a averiguar, aunque la respuesta me asuste y tenga ganas de esconderme debajo de una roca. Siempre hay algo más, tanto en mí como en los demás. Tal vez, solo debo dejar de complicarme y mirar las cosas desde una perspectiva más transparente.

Sí, es una buena idea.

Lavanda y yo

La vida está llena de mentiras que queremos creer porque le tenemos miedo al conocimiento de que las cosas pueden ser diferentes. Eso me sucedió a mí durante mucho tiempo. Pensé que las plantas medicinales solo eran algo que me hacían sentir bien y ya. No las pensaba como organismos con los que puedo chocar o a los que yo les puedo regalar algo de mí. Nunca lo pensé de esa manera. Siempre creí que ellas me daban todo lo que yo necesitaba, no creí que yo les podía brindar algo.

Pensé que estaba obligada a escuchar solamente lo que yo quería escuchar, no les prestaba la atención que se merecían, hasta que fue inevitable que lo hiciera. En la finca de mi papá hay una ceiba muy antigua, que cada tres meses bota las hojas, como parte de su ciclo. En aquel entonces utilicé su imagen porque me daba lo que buscaba, los ánimos suficientes para incursionarme en un mundo temeroso para mí: el de la poesía. ¿Cómo podía escribir algo que sentía no era suficiente? El simple hecho de ver aquel magnífico árbol me dio la fuerza para escribir sobre él, como si yo pudiese expresarle su grandeza al mundo, una grandeza que no merecía quedarse escondida en medio de las montañas.

vida sin penas
de los troncos de antaño
ceiba sin nombre

casa para aves
del follaje que pierden
almas sin rostros

huye del viento
pradera de las nubes
cayendo al pasto

noches de invierno
con el cielo estrellado
hojas pequeñas

intentos vanos
que rechazan las raíces
de aquel pasado

sombra aceptada
entre ríos y selvas
hogar del mundo

una casa de
encuentros perdidos:
solo palabras

En ese entonces, los haikus se convirtieron en la única
manera de hablar sobre lo que no entendía, sobre lo que me

llamaba, pero a lo que tenía miedo de escuchar. Era mi manera de creer que les podía devolver algo a las plantas que me han rodeado toda la vida, darles una miseria por todas las grandezas que ellas me han logrado regalar. En una clase que dicté de poesía dije que mi cuerpo era un haiku, tal vez no sea del todo cierto, pero al menos ese es el anhelo que me gustaría algún día cumplir. Mas esa relación, tanto con la naturaleza como con la poesía, tiene sus subidas y sus bajadas, contratiempos que nunca pensé me complicarían la forma relacionarme con ellas.

-Toma unas ramitas de lavanda y ponlas al lado de tu almohada cuando vayas a dormir.

Era sencillo y con mucha razón. Se ha comprobado que el olor a lavanda ayuda a relajar el cuerpo y la mente de uno. El simple hecho de estar frente a su presencia podría hacer que una persona se sienta más tranquila y que su mente deje de ir a mil por hora. El mundo se vuelve un poco más sencillo. La lavanda, una planta que es fácilmente reconocible, que es sencilla de encontrar en jardines como en lugares de ventas de plantas. Unas ramitas, una cosa de nada frente al poder de una planta completa.

La primera noche fue tranquilizante. Me dejé embriagar por su aroma. Cubrió cada rincón de mi cama, de mis cobijas y de mi almohada. Dormí bien, no me sentía ansiosa. Mi cuerpo no quería

ir a mil por hora. Sentía que el mundo podía acercarse a mí a una velocidad muy lenta, pero que yo tendría la capacidad y la paciencia para esperarlo el tiempo que fuese suficiente. Se sintió bien, como una sensación a la que me podía llegar a acostumbrar, un camino con el que no era difícil interactuar.

La segunda noche fue extraña. Quizás soñé con algo raro, ajeno a cualquier otro pensamiento que pudiese invadir mi mente, pero no me dejaba del todo tranquila. Me despertaba, daba un par de vueltas en la cama y volvía a intentar dormir. Tal vez eran las heridas en las orejas que me incomodaban, hacía mucho calor o podía tener algún malestar en el estómago. Sí, eso era. Mi estómago me llamaba la atención, quería advertirme de algo que yo desconocía lo que era. No entendía que podía pasar. Cuando me desperté, sentía que mi descanso había sido completamente nulo.

La tercera noche fue un completo martirio. No podía dormir. Sentía que mi cuerpo me sobraba, era algo que me quería arrancar. La piel era incómoda y mi cama era lava hirviendo. Lo único que quería hacer era escapar. Era incapaz de tolerar mi cabello y mis manos no dejaban de temblar, como si tuviese frío o quizás comenzaba a entrar en un estado afiebrado y yo no era consciente de ello. No sabía qué era lo que pasaba, solo que me sentía agobiada por el olor que estaba a mi lado de la almohada.

La lavanda era insoportable. Sentía que las náuseas me matarían en cualquier momento.

A la mañana siguiente tomé la lavanda y la boté. Le conté a mi mamá lo sucedido y ella no comprendía por qué me había sentido mal. Le conté a mi pediatra lo sucedido y ella se sorprendió sin entender por qué había tenido esa reacción frente al olor de una planta tan conocida por las curas que puede tener en el cuerpo y en el alma. Era la primera vez que alguien le comentaba una experiencia parecida. He aprendido a no ser tan incrédula como para creer que soy el único humano que se enferma ante el olor de la lavanda, pero al menos sé que soy una de las que ha hablado al respecto.

La planta es preciosa y no puedo ocultar el bienestar que genera en las personas que pueden estar cerca de ella. Pero ese no es mi caso y eso está bien. Que sea una planta medicinal no quiere decir que funciona con todas las personas con las que tiene contacto. Lo entiendo, simplemente que, quizás, me hubiese gustado que hiciera algo más en mí, más allá de ocasionarme repulsión y malestar físico y mental.

Al final, no todos estamos hechos para lo mismo. No todos vamos a poder ver la grandeza de una ceiba y no todos vamos a ser capaces de tolerar la cercanía de una pequeña lavanda.

Incursionando las experiencias: análisis de los relatos

Mientras la experiencia te va modelando no te das cuenta porque todo lo que te ocurre no es más que tu vida; no hay otra vida, y todo forma parte de ti.

Sue Stuart-Smith

Este proyecto de trabajo de grado está pensado para que los relatos experienciales sean parte crucial del desarrollo teórico y crítico. Sin embargo, hablar de la construcción de ellos es necesaria para comprender la manera en que decidí tejer la relación entre plantas medicinales y memoria. Además, es necesario hacer la aclaración de que todos los relatos surgen de mi experiencia personal, mis memorias, mi conocimiento de las plantas medicinales y las maneras en que han influido en el desarrollo de mi vida. En este sentido, estos relatos no son más que un abre bocas a una intención de ser mediadora con otras voces para conocer nuevas experiencias y formas en las que en la ciudad nos hemos relacionado con la naturaleza en sus diversas maneras. Este es un mundo por explorar, pero al menos comenzaremos con aquellos en los que yo habito.

Mis dos mundos

Este relato tiene la intención de abrir un panorama hacia las plantas medicinales, uno del que yo misma fui escéptica en su momento. Los viajes en carretera siempre han sido una cotidianidad para mí, pero consideraba que no había manera de quitar el malestar en mi cuerpo, todo lo había probado, pero no existía remedio o elemento que yo conociera que implicara un cambio para mí. Probé todo lo que estaba a mi alcance y nada funcionaba. Lastimosamente nunca le hablé a mi pediatra de lo que sucedía, quizás ella me hubiese dado un punto de visto

diferente y no habría tenido que sufrir tanto durante casi veinte años en mi vida. Sin embargo, ese es el punto: encontrarse con el mundo de las plantas medicinales no es algo sencillo, lo tenemos al lado y nos negamos a verlo por un temor infundido de generación en generación.

Este relato está construido desde una dualidad que hemos instalado en el mundo posmoderno en el que vivimos actualmente. La ciudad y el campo son cosas diferentes, por lo tanto, los conocimientos entre ambas lo son. Esto es un problema porque seguimos perpetuando una superioridad de un lugar, de un conocimiento, sobre otro saber, otra forma de habitar y de interactuar con el mundo. ¿Qué sucede si le damos la oportunidad de mostrarnos lo que nos puede ofrecer? ¿Y si nos quitamos la venda y comenzamos a escuchar las experiencias ajenas y la realidad de las plantas medicinales? Ese es un cambio que puede transformar la forma en que somos ciudadanos y nos podría hacer más conscientes de nosotros como seres vivos, al igual que las plantas y todo el mundo que nos rodea y en el que vivimos.

Rus in urbe

El título de este relato viene de un concepto trabajado por Sue Stuart-Smith en el que explica en cómo desde la Antigua Sumeria se empieza a pensar la existencia de los jardines en las ciudades para dejar de desligar los mundos entre ellos, para ser conscientes de que están relacionados el uno con el otro y de cómo la presencia de ambos le permite a la psique tener un equilibrio y un lugar en el que podía seguir sintiéndose libre y completo en medio del caos de las urbes. La vida en la ciudad se vive distinta cuando estamos en contacto con las plantas, especialmente con las medicinales.

Es por esto que este cuento explora el verdadero choque que sentí al estar más conectada con este mundo de las plantas que otras personas. Para mí, era algo normal; para los demás, la

excepción de la regla. De alguna manera fue frustrante pensar en cómo nos negamos aquel conocimiento. Por eso, este es el segundo cuento: en el primero yo rechazaba esta relación con el mundo, y en este lo hacen las personas que están en mi entorno. Sin embargo, sigue existiendo un intento de superioridad de mi parte, tanto cuando hablo de mi experiencia sobre la de otros como cuando lo hago sobre las voces de la misma naturaleza. Fueron dos realidades en las que no era consciente de lo que hacía, pero que de todos modos siempre afectó la manera en que me desarrollé en la ciudad junto a las plantas medicinales. Estando en un entorno rural me seguía creyendo en la ciudad, banal, gris y fría, como si no supiese de la existencia de la *rus in urbe* en mi cotidianidad y en las personas que me rodean.

Es un llamado de atención para prestar atención a lo que nos rodea, dejar de querer imponernos sobre los demás y darnos un lugar para escuchar a los otros. La otredad somos nosotros mismos cuando nos creemos superiores a los que nos rodea, ignorando todo aquello que podemos aprender del resto del mundo.

Duraznos y abejas

Escribir este relato para mí fue de lo más doloroso porque dije muchas cosas que nunca he podido expresar verbalmente a las personas que quiero que las escuchen. Deseaba hablar del duelo, específicamente del que sucede con tanto horror en los corazones de tantas personas a lo largo del país: la desaparición forzada, el desconocimiento de en dónde estará aquel ser amado que un día no volvió y no se sabe por qué. Sin embargo, no me sentía capaz de tomar la voz desde el saber cómo se siente, es algo que no he experimentado y que no voy a relatar como si lo hubiese vivido de primera mano. Así que tomé mi experiencia con mis duelos más dolorosos para darme la oportunidad de hablar, al mismo tiempo que expreso mi intención de querer escuchar.

No es en vano que este sea el cuento del centro y esté hablando de las mismas personas a las que va dedicado este proyecto. Mi abuelo y mi nonito han sido un motor a lo largo de mi vida, incluso después de dejar este plano. Quiero ser como ellos: un motor para que las personas se conecten y tejan relaciones no solamente entre ellas, sino con todos los seres que existen en el planeta y con los que muchas veces queremos distanciarnos por arrogancia.

Por esta misma razón, decidí agregar el poema. En una clase con Jorge Cadavid debíamos tomar una planta y escribir un poema sobre la misma. El caballero de la noche fue mi elemento natural escogido debido a la importancia y al cariño que tanto mi mamá como mi papá le tienen; especialmente, en relación con su aroma tan dulce que les encanta a muchas personas. Investigando en su momento sobre él, encontré que en grandes cantidades puede ser tóxico. De alguna manera, así se formó el poema con relación a cómo la guerra ha robado la juventud de muchos jóvenes en el país, pero nunca ignorando que siempre hay una esperanza, un modo de superar y quizás escapar de los relatos de violencia.

Sin embargo, para que esto suceda es necesario hablar de ellos. Muchas personas, especialmente en las grandes ciudades, creen que las violencias son una mentira y que no pueden percibir sus efectos. No saben lo equivocados que están. La intención no es obligar a las personas que sufren a que narren su verdad para que los demás sean más conscientes de lo que pasa en el territorio, sino concientizar a los ciudadanos, especialmente, que en vez de dar juicios sin sentido, somos capaces de escuchar a aquellos que les cuesta o que no pueden hablar. Sus voces también cuentan y, por ello, merecen ser escuchadas.

El inconsciente consciente

Este relato surge de mi experiencia con la siembra, los temores que siempre he enfrentado y los retos que todavía me quedan por enfrentar. Para mí esta narración es muy importante porque permite conectar el pasado colectivo de la siembra de un frijol con mi presente personal. Es una manera en la que sé puedo conectar con las personas para darles mi experiencia, no como una verdad universal, sino como una simple versión de una historia con muchas perspectivas. Aquí no existe una historia oficial de lo que siempre debe ser (un frijol germinando), sino que va más allá, hacia la experiencia individual y lo que podemos hacer con el mundo que nos rodea, ayudarlo o abandonarlo y dejarlo morir.

Para mí es muy importante relatar este hecho porque, como cada uno de los relatos anteriores, me conecta de alguna manera con las personas de mi entorno. Me da nuevas perspectivas de lo que sucede en los distintos mundos y realidades de los demás. Sí, duele el cambio, pero muchas veces es necesario para forjar lazos simbióticos. Comprender que nadie es superior a nadie y que las relaciones de dominación son un error que siguen existiendo hasta el día de hoy. Además, el constante aprendizaje en medio de la vida. Una frase muy común a lo largo de mi vida ha sido: «Uno aprende algo nuevo cada día» y estoy segura de que es así. Tal vez seremos más conscientes si nos damos la oportunidad de escuchar, en vez de posicionar nuestra verdad como única y universal.

Lavanda y yo

Este relato final tiene la intención no solo de cerrar los relatos en una estructura circular, sino de narrar algo de lo que también es necesario conversar: que las plantas medicinales sean buenas y merezcan tener su lugar en el camino de la vida no significa que a todos les van a

funcionar los mismos contactos con ellas. Este cuento se centra en eso y, por ello mismo, es una contraposición al primer relato. En aquel, yo me encontraba con las plantas medicinales de una manera nueva y distinta; en este, me doy cuenta de que también se puede alejar y que no es malo, la lavanda no funcionó conmigo, pero eso no quiere decir que no pueda funcionar con alguien más. Esta es una manera de decir que la realidad personal importa, no es menor a los deseos de la vida y, por esto, es completamente válida en la forma en que como individuos y sociedad podemos y logramos habitar el mundo. *Lo personal es político.*

Mi relación con la poesía se forjó a través de los haikus y la ceiba de la finca. Mi relación con la lavanda es de repulsión porque mi cuerpo no la tolera, y eso está bien. Tener rechazo hacia lo que puede ser normal para la mayoría es normal. Lo particular importa y forma en medio de sociedades que creen que solo importa lo que afecta a muchos. El promedio fácilmente se puede ver alterado por valores radicales hacia los extremos, y, al contrario a lo que siempre nos han querido demostrar, no hay nada de malo en ello.

Conclusiones

Muchas veces nos dejamos llevar por lo que dice la historia oficial, como si esa fuese la única realidad que es válida y que cuenta en el desarrollo de la humanidad a lo largo de los siglos. Sin embargo, ser conscientes de que existen historias y relatos periféricos, que también forjan la realidad de las diferentes sociedades que existen, nos da una idea de cómo podemos superar las ilusiones de los sistemas de dominación. Desde los procesos de conquista y colonización de América se han implantado ideas que falsamente declaran ser verdaderas y universales sobre las formas en que debemos ver y experimentar el mundo. Una de ellas, quizás la más importante, va relacionada a las maneras en cómo concebimos a la Naturaleza.

Pensar al mundo natural como una fuente de, únicamente, recursos ilimitados para explotar según nuestras necesidades y deseos es creernos falsamente superiores sobre otras realidades. No somos seres todopoderosos capaces de controlar todo lo que sucede y existe en nuestro entorno, pero pensarnos de esa manera nos ha hecho creer que la única manera en la que el planeta puede desarrollarse de forma correcta es gracias a nuestra presencia y a lo que hacemos con ella. No obstante, nuestra falsa superioridad solo ha hecho que poco a poco nos llevemos a nuestra propia destrucción, acabando con todo lo que existe alrededor nuestro sin pensar en la manera en que nos estamos afectando a nosotros mismos, a las generaciones futuras y a todo lo que nos rodea.

Los abusos indiscriminados sobre nuestra fuente de existencia no son más que decisiones incorrectas que se siguen tomando gracias a sistemas de dominación de poder como el patriarcado, el eurocentrismo y el racismo. Todos nosotros, las mujeres, los no europeos, los no blancos y la naturaleza hemos llegado a ser considerados como inferiores, cuya única función es

servir y ser en relación con los hombres blancos y europeos, porque ellos son los *civilizados* o los que portan el «verdadero conocimiento».

Estas mismas mentiras se trasladan y se consolidan en los relatos que forjamos como historia oficial en la formación de las diferentes culturas y sociedades que existen en el planeta. Se piensa y se impone que los relatos periféricos no tienen importancia para la creación y preservación de la civilización. Esto nos ha llevado a consolidar ideas y a abandonar otras, en vez de fusionarlas con la intención de crear algo realmente positivo para la humanidad. Decidimos que las historias que trajeron desde el Antiguo Continente son las que deben perdurar. Eso es lo que se enseña, en muchos casos, en los colegios hoy en día: a no cuestionar, sino a simplemente seguir el hilo de lo que sucede en la civilización como si fuese la única opción que existe para habitar el planeta.

Nuestra imaginación política ha sido comprometida hasta el punto en el que asumimos, o que nos han querido obligar a asumir, que la única manera en la que podemos desarrollarnos en el mundo es cómo lo estamos haciendo actualmente: negando la existencia de posibilidades por llegar a ser inconcebibles en el desarrollo de las sociedades. Estas falsas ideas buscan bloquear otros caminos, otras perspectivas, otras verdades en las que los seres vivos siguen dejando una huella no solo en el mundo, sino en las historias que se tejen y se forman cada día de la existencia.

Es por esto que escuchar, leer e interactuar con relatos de las voces más relegadas son acciones necesarias debido a que demuestran que hay más formas de superar las decisiones con las que día a día nos topamos, nuevos caminos por los que podemos encontrar métodos en los que las relaciones con nuestro entorno dejen de ser de superioridad para que se conviertan en convenciones sociales simbióticas. Las verdaderas maneras en que la historia oficial toma ese

título es gracias a todas aquellas memorias que se condensan para justificarlas en su posición de superioridad, pero que no quiere decir que superen en ninguna medida a otras verdades que se forjan a cada minuto en el que se mueve el mundo.

Las plantas medicinales son una forma en la que podemos retomar las verdades periféricas y ponerlas a dialogar con los diferentes relatos que cada uno de nosotros tiene para contar. Cada voz es importante y no dejarnos engañar por falsedades de universalidad es una manera en que se cuestiona el poder reinante, además de que se le da lugar a todos aquellos puntos de vista que merecen ser nombrados y escuchados en la realidad contemporánea, porque no solo cuentan las historias del pasado, sino que también forjan y pertenecen a las del futuro. Más allá de qué es medicina y qué no, es comprender que el ser no es únicamente cuerpo, sino también alma, espíritu o fuerza anímica, pues de acuerdo con otras culturas hay otras nociones de cuerpo y espíritu. Las plantas mismas son consideradas, como en el caso del *Banisteriopsis Caapi*, espíritus y fuerzas en sí mismos.

Nosotros no somos más que un compendio de todo lo que nos forma y nos permite ser seres vivos y, en nuestro caso, pensantes. Cada uno de nuestros elementos, cuerpo, alma, cada ser que ha entrado en contacto con nosotros y cada suceso que hemos experimentado nos forja en nuestro pasado, presente y futuro como seres pertenecientes a los diversos marcos sociales en los que nos movemos constantemente. Por ello, escuchar y tener la capacidad de prestar atención a otras versiones de la historia no hace más que enriquecer nuestras verdades y poner en diálogo las existencias de otros saberes que también pertenecen a nuestro pasado y que se involucran en nuestro presente.

Pensar que con la migración masiva del campo a la ciudad el conocimiento de saberes rurales y ancestrales en relación con la tierra han desaparecido es una gran falacia. Se movieron

hacia las urbes, pero con el desarrollo industrializado de los procesos técnicos y tecnológicos, efectivamente, se han ido perdiendo hasta el punto en el que no somos conscientes de que realmente sigan estando con nosotros. Es así como muchas veces preferimos asumir que hay verdades que se han perdido, desaparecieron y no hay manera de recuperar. Sin embargo, todavía quedan retazos, fragmentos importantes que mueven los hilos de la humanidad y de las creencias que forman a las sociedades en la actualidad.

Aunque me encantaría decir que conozco todos los lugares en la capital en la que estas memorias se abren paso a pesar de los conocimientos dominantes, realmente no lo hago. No obstante, estoy segura de que todos conocemos un vivero, un quiosco de venta de plantas o algún conocido que conoce y explora este mundo. Es en esos lugares en los que yo empecé a desarrollar esta búsqueda y a los que podríamos darles una nueva oportunidad desde una mirada diferente de la realidad.

En medio de situaciones de dolor y violencia, volver a recuperar otras maneras de hablar sobre lo experimentado nos permite ser conscientes de otras realidades que viven personas que están más cerca de lo que imaginamos. Es por ello que escuchar, dialogar y desarrollarnos con diversas maneras de conocer y habitar el mundo puede ser la clave que se busca para enriquecer la historia del país, a la vez que se desvelan verdades que la historia oficial busca ocultar. Hay más relatos, más voces, más verdades que merecen tomar su lugar y dejar de ser minimizadas. La forma de iniciarlo, a mi parecer, es según nuestra propia experiencia. En el momento en que aceptamos y ponemos en juego cómo nuestra verdad nos ha formado a nosotros mismos y en relación con los otros, tal vez podamos tener una imagen más clara para buscar un nuevo modo de crear una verdadera humanidad en pleno siglo XXI.

Para mí, como futura literata, escribir esta tesis fue todo un reto. Realmente, el momento en que este proyecto tomó forma no fue el mejor para mí. Al inicio, el producto que tenía en mente era diferente, pero explorar esta realidad desde mi perspectiva me ha dado muchas herramientas para proyectar este trabajo hacia lugares más amplios, donde puedan resonar con las voces del entorno. Sin embargo, pensar que los relatos fueron sencillos de escribir por formar parte de mi experiencia es una mentira. Los momentos más importantes en mis relaciones con las plantas medicinales y el mundo están ahí, no solo porque intento evidenciar mis realidades ocultas, sino también porque en cada uno de esos relatos no soy la única que existe: mi familia, todas las personas que me han impulsado y ayudado a crecer y creer en mí, toman un lugar en estos relatos. Algunas presencias serán tácitas y otras estarán explícitas, pero desde el pensamiento hasta la realización y análisis de cada uno de los relatos implicó desvelar mis mundos en relación con las personas que me han ayudado a conformar todo lo que soy.

No obstante, no considero que este proyecto pueda quedarse simplemente como una manera en la que únicamente yo pueda crear mi lugar en relación con las plantas. Como dice Harding, la tierra, Gaia, es un organismo autónomo y viviente, nosotros solo nos relacionamos y formamos parte de él. Que nuestra forma de comunicarnos sea diferente a la de ella no significa que no pueda hablar y que no tenga experiencias que relatar. La literatura en muchos casos se crea desde la experiencia del escritor o de los anhelos de las sociedades con las que interactúa. ¿Acaso no vale la pena pensar en un mundo en el que la naturaleza respire a su verdadero ritmo y no porque se está ahogando? Realidades en las que podamos escuchar los cantos de los pájaros a cada paso que damos, sin verlas como pertenecientes a las lejanías, a las periferias o a los mundos utópicos.

Por eso, pensar que este trabajo es el final de un camino es algo que, para mí, es imposible de concebir. Quedan mundos por encontrar y con los que interactuar de forma simbiótica, sin pensarnos superiores y dándonos la oportunidad de que nos interpelen en profundidad. Considero que es necesario posicionarnos desde una manera más abierta y receptiva con todos aquellos los que conforman nuestros entornos. Hablar y difundir estas verdades que pueden ser un nuevo camino para sanar dolores y construir realidades más humanas en el planeta. Dejar de pensarnos como grupos que no tenemos nada en común con los otros, sino buscar los caminos para hallar los lugares en los que nos encontramos con los demás. El camino hasta ahora está comenzando, la meta está muy lejos de ser vista y eso no debe desmotivarnos para no seguir avanzando, sino para que algunas utopías dejen de serlo y, por primera vez, toman su lugar en nuestras realidades.

Bibliografía

- Achugar, Hugo. “Historias paralelas/ejemplares: la historia y la voz del otro” en Revista de crítica latinoamericana 18, 36 (1992), pp. 51-73.
- Betancour, Darío. Luz García, Martha. *Contrabandistas, marimberos y mafiosos. Historia social de la familia colombiana (1965-1992)*. Bogotá: Tm Editores. 1994.
- Beverly, John. “Anatomía del testimonio” (1987). En Parra, Clara María y Raúl Rodríguez, comps. *Crítica literaria y teoría cultural en América Latina*. Valparaíso: PUCV, 2015.
- Carrasco Rodríguez, Marcela Paz. “Tejiendo saberes y prácticas en una farmacinha viva del Mst. Memoria e historia oral de mujeres del assentamento 12 de julio sobre el uso de hierbas medicinales”. *História em revista. Publicação do Núcleo de Documentação Histórica*. Pelotas: Editora da UFPel. 215/2016.
- Centro de Estudios Médicos Interculturales. *Manual para la promoción del buen cultivo y uso de plantas medicinales*. Cota: Centro de Estudios Médicos Interculturales. 2014.
- Chikangana, Fredy. *Samay pisccok pponccopi muschcoypa: espíritu de pájaro en pozos de ensueño*. Bogotá: Ministerio de Cultura. 2010.
- Erise, Aina S. *El libro de las plantas olvidadas*. Ariel. 2019.
- Evans Shultes, Richard. Hofman, Albert. *Las plantas de los dioses. Orígenes del uso de los alucinógenos*. Trad. Alberto Blanco, Gastón Guzmán, Salvador Acosta. Editorial digital Titivillus. 1979.
- Goodhall, Jane. Abrams, Douglas. *El libro de la esperanza. Una guía de supervivencia para tiempos difíciles*. Trad. Maia F. Miret. Estado de México: Editorial Océano de México, S.A. de C.V. 2021.

Gudynas, Eduardo. “Imágenes, ideas y conceptos sobre la naturaleza en América Latina”.

Debates ambientales. Cultura y Naturaleza. Bogotá: Colección Pérez Arbeláez. 2014.

Harding, Stephan. *Tierra viviente*. Trad. Antonio Rivas González. Girona: Ediciones Atalanta, S. L. 2010.

Jelin, Elizabeth. “Un nuevo campo de estudios. Los trabajos de la memoria”. *Las tramas del tiempo. Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales. Antología esencial*. Libro digital, PDF. Autónoma de Buenos Aires: CLACSO. 2020.

Litovsky, Mónica. “Farmacopea y farmacias populares del monte: Reencuentro con la memoria cultural y la espiritual”. *Plantas Medicinales de América del Sur: diálogo de saberes para la sustentabilidad*. Montevideo: Red de Plantas Medicinales de América del Sur. 2005.

Lora León, Patricia. Mejura Arias, Cindy Paola. Torres Cortes, Yinneth Alexandra. *Memoria cultural, una recuperación desde los vendedores de plantas medicinales en las plazas de mercado de Bogotá*. Bogotá: Corporación Universitaria Minuto de Dios. 2020.

Ponte, Antonio José. La Habana, ciudad y archivo. Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 732 (junio), pp. 15-40. 2011.

Rodríguez, D. M. (2017). Caracterización del uso tradicional de plantas medicinales en zona rural del municipio de Natagaima (Tolima). Recuperado de:
<http://hdl.handle.net/10554/34320>.

Rondón G., Ana N. *Representaciones sociales que poseen los estudiantes del Instituto Pedagógico de Miranda José Manuel Siso Martínez - Extensión Nueva Cúa sobre las plantas medicinales*. Universidad Pedagógica Experimental Libertador. Instituto

- Pedagógico de Miranda - JMSM. Revista de Investigación N° 81 Vol. 38. Enero - Abril. 2014.
- Santisteban, Kaia Mariel. Sabatella, María Emilia. “La producción de proyectos políticos desde la memoria. Análisis de dos casos de restauración de recuerdos sobre las prácticas medicinales mapuche”. En A. Ramos y M. E. Rodríguez (Comp.) *Memorias fragmentadas en contextos de lucha*. Buenos Aires: Teseo. 2020. (pp. 247-274).
- Stuart-Smith, Sue. *La mente bien ajardinada. Las ventajas de vivir al ritmo de las plantas*. Bogotá: Editorial Nomos, S.A. 2022.
- Torres, Nilka L. Zapata, Alvin. Torres, Modesta. Santana, Ana. Morales, Bernardo. Martínez, José L. *Diversidad y usos de las plantas medicinales en Panamá*. Boletín Latinoamericano y del Caribe de Plantas Medicinales y Aromáticas. 18 (4): 425-434. Universidad Santiago de Chile. 2019.
- White, Hayden. “El texto histórico como artefacto literario” en *El texto histórico como artefacto literario*. España: Paidós, 2003.